PQ
6351
E8

3 1761 04245 3373

C-12

TRICENTENARIO DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

MANUEL VICTORIANO C.
ABOGADO
SANTIAGO DE CHILE
CASILLA 1203

CERVANTES

y la España de su época

POR EL

P. EUGENIO DE S. JOSÉ
Carmelita Descalzo

(Estudio histórico-crítico
premiado con medalla de oro y quinientas pesetas oro
en los
JUEGOS FLORALES de Valparaíso—Abril 1916)

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CHILE
CALLE MORANDÉ, N.os 767-769
1916

TRICENTENARIO DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

CERVANTES
y la España de su época

POR EL

P. EUGENIO DE S. JOSÉ
Carmelita Descalzo

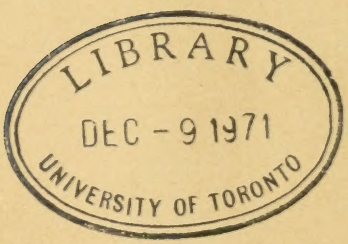
(Estudio histórico-crítico
premiado con medalla de oro y quinientas pesetas oro
en los
JUEGOS FLORALES de Valparaíso—Abril 1916)

20-X-1916

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CHILE
CALLE MORANDÉ, N.os 767-769
1916

PQ
6351
E8

Es propiedad



A MODO DE INTRODUCCIÓN

Siendo la Historia maestra de la vida, escuela siempre abierta donde se enseñan experimentalmente todas las doctrinas, cuadro fiel y auténtico en que se retrata la humanidad, un pueblo, un individuo en todas sus fases, nada más útil que ojear frecuentemente sus páginas y meditar de continuo sus enseñanzas. Los grandes hechos y gloriosas figuras históricas estrellas son luminosísimas que alumbran y guían los pasos de la sociedad humana hacia su mejoramiento y perfección. Por eso los legisladores y todos los grandes patriófilos han tenido fijas las miradas en la gloriosa historia de sus pueblos, y no han cesado de exhortar a sus compatriotas a no apartar de ella la vista, como medio eficacísimo de sostener las energías nacionales, de levantarlas, si yacieren postradas, y de provocarlas y empujarlas a la adquisición de nuevas glorias, a la conquista de nuevos laureles. Y a este fin, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrecían, han consagrado por rito universal los recuerdos o conmemoraciones anuales y seculares tanto de los grandes acontecimientos patrios, como de los esclarecidos personajes históricos en sus momentos más solemnes. Y ¿qué ocasión más propicia, y qué momentos más solemnes para el pueblo español que la desaparición de aquel gran personaje histórico, de aquel gran genio que, encarnado en sus inmortales obras, viene siendo hace tres siglos «las delicias de la humanidad» y su honra más preciada? Por eso España se ha creído en la obligación de hacer a todos sus hijos un entusiasta llamamiento (1) al estudio de su edad dorada,

(1) Después de lanzada al público la convocatoria para la celebración de las fiestas cívico-literarias en honor de Cervantes, el gobierno español, accediendo a indicaciones ulteriores de los países beligerantes, las trasladó a tiempos y ocasión más propicios.

tributando solemnes cultos nacionales, y proponiendo a su admiración y aun imitación, cuando fuere posible, la figura de Cervantes, gigantesca representación de aquella España «la más poderosa y magnífica de todas las naciones europeas», en frase del docto Makinstoh.

A cuya voz no sólo los españoles, sino cuantos se precien de hijos de tan gloriosa y fecunda madre, deben responder, como han respondido los chilenos noble y generosamente. Y he ahí por qué ha sido recibida con justo aplauso y merezca mil felicitaciones y encomios la idea hispano-chilena de cooperar de consuno a la universalidad y esplendor de estas fiestas cervantescas, idea hermosamente simbolizada en el doble elemento de que se compone la Asociación Directora del presente Certamen.

Hermanos somos, chilenos y españoles, como hijos de la misma madre y de la misma historia. Juntos hemos de levantar este año el pendón de nuestras comunes glorias, como juntos también rasgaremos nuestras vestiduras, cuando el periódico andar del tiempo nos traiga a la memoria el recuerdo de infaustos acontecimientos patrios. Cuantos actos tiendan a completar esta unión espiritual hispano americana, por la que suspiraba no ha mucho un insigne tribuno español, cuantos conatos se intenten con este fin, deben ser aplaudidos, secundados y repetidos, hasta que, abrazados estrechamente, marchemos juntos por el camino de la civilización y de la grandeza moral a la cumbre de la gloria.

Con este corto preámbulo paso a desarrollar el tema propuesto, invirtiendo por propia conveniencia el orden de las dos partes que contiene, según lo cual trazaré primero el cuadro de la época cervantesca, para luego colocar debidamente en este cuadro la colosal figura de nuestro Héroe. Creo, sin embargo, necesario advertir desde luego, que en este modesto pero concienzudo estudio sólo hablará la voz de la historia por boca de sus documentos con la mayor fidelidad e imparcialidad posibles.

PRIMERA PARTE

LA ÉPOCA DE CERVANTES EN ESPAÑA

Si mi dolor, oh España, si mi llanto
Tu perdido poder bastara a darte,
Ceñida luego del laurel de Marte
Te contemplara el orbe con espanto.
Mas si negado fué tal poderío
Al triste llanto mío,
Dame siquiera, o Numen de la gloria,
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algún día
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el claro esplendor de tanta hazaña
Deshaga el hielo vil que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona,
Nacidos para asombro de Belona.

D. Manuel Arjona.

No hay nación sin su gran época, ni época sin su hombre característico: tal es el fenómeno que se repite en la historia de todos los pueblos. Las naciones, lo mismo que el individuo, están sujetas a una ley histórico-providencial de evolución, en virtud de la cual nacen imperfectas, crecen con el andar de los tiempos, se desarrollan con mayor o menor rapidez y pujanza, y luego decaen y mueren para no tornar a revivir, a no mediar una excepción aun no consignada en la historia. Cada una de estas

fases históricas imprime su huella en los seres que la rodean, señaladamente en los conscientes, encarnándose particularísimamente en alguno de ellos, que viene a ser el *sujeto* de aquella evolución histórica. Estos diversos estados intrínsecos de los pueblos se manifiestan en ciertos fenómenos generales que caracterizan la actividad de la especie humana, conviene a saber, en su religión, en su política, en sus ciencias y en sus artes, dentro de cuyas líneas generales caben holgadamente cuantos detalles o fenómenos particulares vienen a llenar el cuadro. Y si estos cuatro elementos son legítimos, es decir, si la religión de un pueblo dado es verdadera, y su política legal, y sus ciencias y artes van bien dirigidas, suelen correr generalmente a la pareja; de suerte que, llegada una nación al colmo de su desarrollo, llegan también ellos a su complemento, y cuando la nación decae, decaen ellos en la misma proporción. He dicho que si estos elementos son *legítimos* se verifica esa ley *generalmente*, porque, si alguno de ellos no lo es, entonces se realiza el fenómeno contrario, que, agrandados unos, disminuyen otros en razón inversa: como v. gr., el ordenado desarrollo de la inteligencia (que, al fin, es un destello de la Verdad infinita) tiende a anular la falsa religión; y he dicho *generalmente*, para salvar la libertad humana y el carácter nacional, que modifican más o menos los cuatro elementos susodichos, y aun pueden dar lugar a alguna excepción.

Nada más fácil que confirmar con ejemplos las precedentes teorías.

Abramos las historias de los pueblos. Cuando los asirios llegaron a su siglo de oro en tiempo de Asurbanípal, Nínive rebosaba de esplendor y magnificencia; poseía una biblioteca de más de 15,000 *tabletas*, recientemente descubierta; se ornaba con numerosas obras de arte, tal vez magistrales en aquel siglo, y, no cabiendo dentro de sus muros, salía a la conquista de otros pueblos que rendía a su dominación y sujetaba a sus leyes. Y ¿acaso no aconteció lo propio con el pueblo de Israel en los días de David y Salomón, cuando vencidos todos sus enemi-

gos, cantaba el Rey-Profeta aquellos sublimes poemas, modelos de lírica a lo divino, en que el afecto y la perfección del lenguaje y demás recursos poéticos son digno engaste de los conceptos divinamente inspirados; y cuando su hijo, dominando en un pueblo vastísimo *como* la *arena* del *mar*, levantaba un templo grandiosamente artístico al verdadero Dios, y ambos regían al pueblo con justísimas y prudentísimas leyes? Quien conozca los siglos de Pericles y de Augusto no ignora que entonces Grecia y Roma llegaron a su apogeo político, científico y artístico, si bien decreció el elemento religioso por la razón mencionada.

Estos fenómenos, que más o menos marcadamente se observan en la historia de todos los pueblos, se advierten de una manera palpable en la historia de España, hasta poder señalar con el dedo su humilde nacimiento, su lento desarrollo, su florecimiento prodigioso y su final decadencia. Primero son elementos confusos, que rechazan vigorosamente todo otro elemento exótico, ya sea griego, ya fenicio; que luchan hasta la llegada de los romanos, cuyo espíritu se les infiltra por modo maravilloso, debido tal vez a las simpatías del carácter latino con el nacional, y que por fin abren sus puertas de par en par, y sus almas de lleno en lleno a las influencias del cristianismo, levadura que más honda y eficazmente penetró y obró en la masa española. Desde entonces el carácter nacional cristiano-romano aparece definitivo. Defendiendo este doble espíritu de su carácter patrio lucharán contra los bárbaros hasta asimilarlos y convertirlos en su propia manera de ser, y lucharán contra los árabes hasta arrojarlos de su suelo, ya que se niegan a convertirse en sustancia netamente española. Dulce es volver los ojos a aquellos embrionarios reinos de Asturias, León, Castilla, Navarra y Aragón, y ver al pueblo español, reducido a diminuta semilla tras el fatal desenlace de Guadalete, cómo va elaborando sus diversos elementos, amasados e informados por el espíritu cristiano-romano, y advertir el constante progreso de la religión que como aliento di-

vino anima e impulsa la obra de la Reconquista, y se encarna en aquel santo rey llamado Fernando; el avance de la política, que no ceja un paso del terreno conquistado, que obliga al invasor a tratar desventajosamente, infligiéndole a veces tremendas derrotas que labran fama inmortal a los Alfonsos de León y Castilla, a los Bravos y Batalladores de Navarra y Aragón; y el desarrollo de la ciencia, cuando lo permitían los tiempos, que tal muestra diera de sí en el siglo XIII en la persona de Alfonso el Sabio. Covadonga, Castalañazor, Toledo, Zaragoza, Las Navas, Valencia, Sevilla y Granada son otras tantas piedras miliarias que señalan el itinerario de la nación española en su marcha triunfante y simultánea hacia la unidad geográfica y religiosa. Los Fueros, las Partidas, las Ordenanzas, las Cortes son otros tantos pasos hacia la unidad política y social.

Pero cuando España, tocó a su apogeo fué a fines del siglo XV y principios del XVI merced a un cúmulo de circunstancias providenciales que concurrieron maravillosamente a su engrandecimiento. La unidad nacional favorecida por el enlace de Isabel con Fernando, aproximada con la rendición de Granada, y consumada con la anexión de Navarra a la corona de Castilla; el descubrimiento del Nuevo-Mundo a raíz de la conquista granadina, y la unión en un solo cetro de vastísimas regiones europeas con la elevación de Carlos V al trono de España, junto con el asombroso incremento de los elementos internos de perfección, vinieron a poner de un golpe al pueblo español a la cabeza del mundo entero. Tanta grandeza, tanta gloria y tanta luz oprime y deslumbra los ojos del observador, y se hace punto menos que imposible trazar una exacta y conveniente descripción.

Procuraré, sin embargo, hacer lo posible, procediendo según el orden e importancia de aquellos elementos que resumen toda su grandeza: su *religión*, su *política*, sus *ciencias* y sus *artes*. Mas antes debo advertir que no me ceñiré en la descripción de la época cervantesca al siglo XVI, sino a la *edad de oro*, que comienza con la toma de

Granada, se prolonga por todo el siglo XVI y termina ya bien entrado el siglo XVII. Toda esta edad está animada de un mismo espíritu, y presenta los mismos caracteres.

I

Religión

Es voz común, hablando de la España antigua, que su segundo carácter nacional, tan connaturalizado como el de raza, es el carácter religioso. Y no hay en ello exageración. El espíritu religioso, así como el carácter nacional, penetra y se manifiesta en todos los otros elementos de la actividad española, e informa la política, las ciencias y las artes, imprimiéndoles ese sello genuinamente español, que las hace inconfundibles con la política, ciencia y artes de cualquier otro país. Profundamente convencidos de las verdades religiosas, y abrazados con ellas con firmeza de voluntad inquebrantable, estas se dejan sentir en todos sus actos de alguna importancia, sean políticos o religiosos, ya generales, ya particulares, ora procedan de los caudillos, ora del pueblo. La religión los dominaba por completo y se sobreponía a todo otro afecto. Con ser tan grande su amor a la honra, «patrimonio exclusivo del alma», que no la sacrificaban al Rey ni a los tormentos ni a la misma muerte; cuando se les hablaba en nombre de Dios, aquellos bravos leones de Castilla se rendían como mansos corderitos y acatában reverentemente cuanto les parecía ceder en «servicio de Nuestro Señor».

Este fondo religioso, que se traslucía en todos los actos de la vida, vino a encarnarse en el lenguaje, que, ya en sus refranes y dichos populares, ya en las fórmulas oficiales, todo respira religión. Y a tal grado de espiritualidad había llegado la lengua castellana ya a mediados del siglo XVI, que bien pudo llamarla Carlos V lengua pro-

pia para hablar con Dios; y cuando aparecieron los grandes místicos en pos de Santa Teresa de Jesús, no tuvieron necesidad de escribir en lengua extraña las más íntimas y delicadas operaciones de Dios en las almas, y los más recónditos misterios de la Divinidad, ni de inventar nuevos y peregrinos vocablos, porque ya el pueblo se los ofrecía hechos, apropiados y expresivos, y aun graciosos y pintorescos; y cuando llegaron los insignes teólogos, siguiendo las huellas de Fr. Luis de León, no hubieron de mendigar ropaje y atavíos en Grecia o en Roma para vestir sus más profundas concepciones teológicas, porque en su suelo y casa los hallaron tan propios y decentes y aun vistosos y elegantes como se muestran en los inmortales «Nombres de Cristo».

A su vez los más insignes representantes de la literatura eran fervorosos católicos, clérigos en su mayor parte, y su argumento favorito el religioso.

El teatro, nacido en el seno de la Iglesia (Menéndez y Pelayo, Conf. II sobre Calderón), meciase en brazos de sus ministros (Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca), y eminentemente religioso fué el motivo que llegó a predominar (Los Autos Sacramentales). Las ciencias se desarrollaron principalmente en su aspecto religioso, siendo innumerable la falanje de místicos y teólogos que entonces aparecieron.

Los documentos oficiales de aquella época, de cualquier género que sean, se encabezan con estas o parecidas fórmulas: «En el nombre de la Sma. Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y de la gloriosa Virgen María», etc. y las peticiones que los Procuradores elevan al Rey se fundan en ser lo que se solicita «del mayor servicio de Nuestro Señor», y las súplicas del Rey al pueblo en demanda de subsidios tienen por objeto y pretexto «el acrecentamiento de nuestra sagrada religión». Era un verdadero señorío del principio religioso. Atentar entonces contra la religión no era tan sólo atentar contra un afecto caro al pueblo hispano, era atentar contra la misma existencia nacional, contra algo que ellos concebían más grande,

pero íntimamente unido con la vida nacional, y antes de rasgar el manto de la unidad religiosa, preferirían ver rasgadas sus carnes en el tormento.

* * *

El principio religioso era el móvil y resorte que los lanzaba a heroicas empresas, y explica los ímpetus de aquellas incontrastables voluntades que a tales portentos dieron cima. Prescindir de esta clave en la historia de los hechos maravillosos de aquel siglo, es condenarse a ignorar el por qué de cuanto grande tuvo lugar. ¿Cómo explicar, sin acudir al principio religioso, el ardor con que, v. gr., los vecinos de Valencia se levantaron como un sólo hombre a lavar el sacrílego atentado de los moros contra las sagradas formas, haciendo en ellos terrible venganza? Cómo explicar, sin recurrir al principio religioso, aquellos continuos choques de cristianos con moros y judíos, que terminaban en sangrientas colisiones, y que no cesaron hasta que los cristianos vieron a sus enemigos lejos de su vista y presencia?

Pero tomemos las cosas desde más atrás. Tornemos los ojos a la toma de Granada. Cuál fué el aliento que movió a Isabel a reducir este último baluarte del poder mulsumán, sino el celo por la gloria de Dios que veía agraviado en el grosero culto islamita? Qué espíritu levantó la humilde ciudad de Sta. Fe, y mantuvo el tesón de los sitiadores, y armó el brazo del «Adalid de las Hazañas» para clavar en la mezquita granadina las palabras de la salutación angélica, y dulcificó los labios y caldeó el corazón del Sto. Arzobispo Hernando de Talavera para hacerse amar de cristianos y moriscos, y encendió el ánimo del gran Cisneros para abrasar a toda España con las llamas de su fe? Mas, fijémonos preferentemente en una escena que se desarrolla en medio del fragor de la guerra granadina. Es un aventurero que anda de nación en nación en busca de auxilio y protección para sus grandes

ideales. Al verse desoído de genoveses, ingleses y portugueses, concibe el proyecto, digno de Pedro el Ermitaño, de emplear sus energías en rescatar los Lugares Santos del dominio mulsumán. Tras cien idas y venidas llega por fin a Castilla, como a último puerto de esperanza, y se presenta delante de la reina Isabel. Qué pretenderá ese azaroso y, al parecer, demente andariego, ante la gran reina castellana? Pretende nada menos que conquistar un nuevo mundo (1) para la religión y para Europa, y está buscando quien se ofrezca a recibirle en su regazo; y al ver que todos lo han rehusado viene a ofrecérselo generosamente a Isabel. Momentos solemnes aquellos en que de un *sí* de la Reina depende el enlace de dos mundos, y el acrecentamiento de la Iglesia Católica con la innumerable grey que Dios quiere introducir en su redil. Isabel escucha atenta las palabras de fuego que brotan de los labios de Colón, y su corazón la dice que en aquel extraño hombre hay más que vanas palabras y brillantes fantasías. La religión comprende al genio, le acoge bajo su protección, le colma de atenciones, y, animándole a la empresa le dice: «Anda, ve y dame un mundo que pueda ofrecer a Jesucristo. Yo tomo esta empresa a cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas para ocurrir a sus gastos». Y retirándose Colón de la presencia de la sin par Isabel, apresta tres naves, dase a la vela por ignotos mares en busca de sus *soñados* mundos, y descubre la primera isla. A quién la consagra? Al Salvador. Y la segunda? A la Inmaculada Concepción; y luego dedica otras a sus soberanos protectores, prueba irrefragable del orden y preeminencia que gozaban los afectos más sagrados de su alma. Primero la Religión; luego lo más grande que hay para

(1) Sigo en este punto, sin discutirla, la creencia tradicional, según la cual Colón iba verdaderamente en busca de un «nuevo mundo», y no de un camino más corto hacia el viejo mundo oriental, según parece a muchos doctos. Cúmpleme también advertir que no carece de fundamento la opinión que pone en España la cuna del gran Geógrafo. Vid. el Dicc. de Espasa.

Colón en la tierra, Isabel de Castilla. Y sin duda hubiera sido muy poco grato a Isabel que los primeros entusiasmos de Colón, hubiesen sido para ella y no para Dios, en cuyo servicio había tomado a su cargo tamaña empresa.

*
* *

Ya que nos hemos trasladado al Nuevo Mundo y que sólo me propongo apuntar las manifestaciones religiosas de aquella época sin parar mientes en el orden cronológico, como encajen en la edad dorada, veamos el espíritu que animaba a los sucesores de Colón en la conquista.

Hernán Cortés pone su armada bajo la protección de S. Pedro, enarbola el estandarte de la Cruz, cual otro Constantino, y emprende, al mismo tiempo que la conquista, la implantación de la religión católica en el reino mejicano. Quién no admira el celo ardiente de este caudillo al oírlo exhortar con acento de apóstol a los indios a que abandonasen sus bárbaros y groseros cultos por el culto hermoso y humano del cristianismo; y al verle a la cabecera del moribundo Motezuma, «rogándole unas veces fervoroso y otras enternecido que se volviese a Dios, y asegurase la eternidad, recibiendo el bautismo»? (Solís, cap. XV). Según memorias historiales el Inca del Perú, Atahualpa, pereció a manos de Pizarro por haberse mofado de los misterios cristianos que le expusiera el domínico Valverde. No es que loe yo, ni mucho menos, este acto de celo exagerado y anticristiano; lo he expuesto únicamente como mera manifestación religiosa, prescindiendo de su valor moral.

Valdivia bautiza la hermosa capital de Chile con el nombre del Santo Patrón de España; y Valdivia, Pizarro y Hernán Cortés llaman, protegen y ayudan a los misioneros en su obra de cristiana civilización. Pero ¿a qué amontonar casos particulares, cuando tenemos una prueba general e indiscutible en el profundo arraigo que tomó la religión en *todos* los pueblos conquistados por

los españoles, de que nos da brillantes muestras este religiosísimo pueblo chileno? Cierto que a muchos caudillos arrastraban a estas expediciones el «auri sacra fames», y la noble ambición de la honra que tan alto puesto ocupaba en aquellos hidalgos corazones; pero no es menos cierto que con esta doble ambición se compadecía un intenso amor a la religión y un celo vehemente por la propagación de la Fe, por la cual estaban dispuestos a inmolar la riqueza, la honra y la vida.

*
* *

Visto ya el espíritu que dominaba en la conquista americana, volvamos de nuevo a Europa y veamos los fenómenos religiosos más generales que allí se manifestaban. El ardor con que se combatía a los moros se comunicaba del pueblo a los caudillos, y de los caudillos al Rey, que, como dice un egregio escritor de nuestros días, en punto a religión sólo se distinguía en ser el primero en las empresas religiosas. Toda guerra contra infieles hallaba eco en los corazones españoles y se hacía popular.

Pasan el estrecho a las órdenes de Carlos V en persona, y sostienen en las ardientes regiones de Africa una campaña penosísima, en que el hambre, la sed y la peste parecen conjurar contra el ejército cristiano; pero los cristianos no ceden hasta arrojar a los *infieles* de la Goleta y de Túnez.

En esta expedición sucedió una anécdota que demuestra bien a las claras el espíritu que a semejantes expediciones animaba. Preguntado Carlos V por sus generales, al levantar anclas del puerto, quién había de ser el generalísimo de la expedición, el Emperador, tomando en las manos un Crucifijo, les respondió: «Este cuyo alférez soy yo». Si se trataba de defender el catolicismo contra la herejía protestante, los españoles acudían en defensa de la causa religiosa, olvidando las frecuentes sinrazones de los príncipes cristianísimos, y, lo que más

les llegaba al alma, las repetidas inconsideraciones de algunos Romanos Pontífices. Qué les hubiera costado a Carlos V y a Felipe II transigir con los protestantes de Alemania y de los Países-Bajos, amistarse con Enrique VIII, y, adoptando la política de Maquiavelo, sacrificarlo todo al engrandecimiento de sus estados y a la apoteósis de sus personas? Pero esta conducta hubiera sido muy malquista del pueblo, que les hubiera pagado con el desafecto y alejamiento, y probablemente con enérgicas protestas, sino ya con levantamientos acaso más terribles que el de las Comunidades. No ignoraba Carlos V el orden y preferencia que ocupaban los afectos en el pueblo español, y su disposición y criterio respecto a los motivos de la guerra. «Los varones prudentes,—decía el Ingenioso Hidalgo, y por su boca el pueblo español,—las repúblicas bien concertadas por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vida y hacienda: *la primera por defender la fe católica;* la segunda por defender su vida; la tercera en defensa de su honra, de su familia y hacienda; *la cuarta en servicio de su rey en la guerra justa,* etc., (cap. 27, 2.ª parte). Mas no; Carlos V así como Felipe II y Felipe III (el Piadoso) eran profundamente religiosos. Tendamos la vista al monasterio de Yuste y veremos al «rayo de la guerra e invictísimo Carlos V» (Cerv.), aquel señor de dos mundos, coronado con los laureles de cien gloriosas victorias, y engrandecido más que ningún otro rey de la tierra, reducido a una humilde celdilla, ocupado seriamente en preparar su alma, que pronto va a rendir al Rey del cielo, y llegada su última hora, verémosle estrechar entre sus manos el Crucifijo, con el cual abrazado expira cristianísimamente. Su testamento no pudo ser más piadoso. En una de sus cláusulas dispone que le sepulten bajo el altar mayor de la iglesia destinada a guardar sus restos, con medio cuerpo hacia afuera, de modo que pudiera ser pisado por el sacerdote al ofrecer el Santo Sacrificio.

De la religiosidad de Felipe II y de Felipe III huelga cuanto decirse pueda, ya que la historia y la fama de

consuno han hecho de ambos soberanos sendos símbolos, tal vez hiperbólicos, de catolicismo.

Y quién, que haya saludado las historiales páginas del «Jeromín» puede poner tacha en la religión del vencedor de Lepanto, elegido por Dios para caudillo de aquella venturosa cruzada que hundió para siempre en los abismos del mar y «quebrantó el orgullo y la soberbia otomana?» (Cerv.)

«Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan»: tal fué la inspiración que iluminó la mente del Santo Pontífice Pío V, cuando, arrobado ante la Madonna de Fra Angélico, la suplicaba con gemidos del corazón se dignase señalar el Josué que había de llevar al pueblo de Dios a la «facción más prodigiosa, a la más gloriosa victoria que vieron los siglos pasados, presentes ni esperan ver los venideros»? (Cerv.) Ordénase la expedición. La bandera del Crucificado, enhiesta en la Capitana de Don Juan de Austria, la preside y la dirige. Ha llegado el momento de combatir con el más furibundo adversario que se ha encarado jamás con los leones castellanos.

Qué otra arenga más cristiana pudo brotar de los labios de un caudillo, que aquella que, cual fórmula mágica, vibraba en los del Austria, y sonaba en todos los oídos, y removía todas las fibras: «Hijos míos, hemos venido a vencer o a morir, si Dios lo quiere. No déis lugar a que vuestro arrogante enemigo os pregunte con soberbia impía: ¿Dónde está vuestro Dios? Pelead con fe en su santo nombre, que, muertos o victoriosos, gozaréis de la inmortalidad». Pero hay en el siglo XVI un personaje, tipo de crueldad anticristiana, al decir de sus enemigos, cuyo solo nombre hace espeluznar los cabellos de muchos. Me refiero al Duque de Alba. Pues bien; si hemos de dar fe a dos testigos de mayor excepción, el Duque de Alba no era tal como le pintan muchos historiadores. Son estos testigos sus dos confesores, el Ven. Fr. Luis de Granada y el atribulado Fr. Jerónimo Gracian, que en su «Peregrinación de Anastasio» Dial. X, dice así: «No me fué de poco consuelo y almofadiña confesar al duque de Alba,

don Fernando de Toledo y asistir con él, cuando estaba preso en Uzeda, por lo de don Fadrique su hijo, que él me consolaba a mí en mis trabajos... y harto consuelo es confesar a un hombre tan gran soldado, y de quien el mundo estimaba tener tanta crueldad que porque uno tomase un puñado de espigas contra su orden, cuando marchaba el campo en tierra de cristianos, le hacía ahorcar, y de tanta soberbia, que llamaba de Vos aun a titulados, a quienes otros llamaban Señoría, con que estaba odiado de muchos; y por otra parte, examinando las razones que tenía para esto y metiendo la mano en su alma, hallar una conciencia tan pura y humilde que estaba determinado a perder la vida, la honra y la hacienda primero que hacer un pecado mortal, deseoso de padecer mil muertes y afrentas por Cristo y por su Iglesia.

No soy sólo yo de este parecer, sino todos sus confesores, principalmente el P. Fr. Luis de Granada, que cuando le iba a confesar en Lisboa decía: voy a confesar aquella santa alma del duque»... La cita ha resultado algún tanto larga, pero la he insertado íntegra en gracia a la rareza del libro, y a la celebridad del personaje en cuyo favor aboga el testimonio.

*
* *

Tal era el espíritu religioso del siglo XVI, consustancial, por decirlo así, al espíritu español. Pero además de estas manifestaciones comunes a toda la sociedad española, se notan otras *eminentes*, que son como la flor y nata, como el fruto más sazonado de aquella tierra abonada de la Retigión. Me refiero a los *héroes insignes por su santidad*, y a las *ciencias místicas* que produjo aquella edad Del Santo Oficio (vulgo Inquisición) como manifestación religiosa, reinando tanta diversidad de pareceres y tanta confusión y animosidad por ambos opuestos bandos, me limitaré a exponer algunas conclusiones, que de la imparcial lectura de su historia se desprenden, sin

pretender atacarle ni defenderle. Pasar por alto, sin decir siquiera dos palabras sobre este punto, sería omitir un fenómeno en que han reparado y hecho hincapié cuantos han tratado de describir o historiar el siglo de oro español.

Primera conclusión: Que el Santo Oficio no era un tribunal civil, sino eclesiástico, cuyo primer inquisidor era nombrado por Bula Pontificia, y obraba *auctoritate apostólica* y no civil. Si algunas veces se entrometió en materias políticas, fué porque los reyes, que juzgaban la unidad católica íntimamente unida con la unidad nacional, solicitaban sus servicios.

Segunda conclusión: Que era un tribunal popular. De otro modo no se explica la afluencia extraordinaria de pueblo que concurría al «Auto», la estima en que eran tenidos los inquisidores, y la absoluta falta de protestas que se nota, a lo menos en el siglo de oro. En Nápoles y en los Países Bajos, territorios sujetos a la corona de España, jamás cuajó semejante institución a pesar de los esfuerzos de los monarcas españoles por implantarla.

Tercera conclusión: Qué era *entonces* necesario en España para evitar que el pueblo se alarmara con frecuencia, y tomara la venganza por su mano contra los enemigos de su religión, sino encontraba un poder bastante a darle garantías de seguridad. Y en verdad que la justicia popular es terrible. A no existir el Santo Oficio ¡quién sabe cuantas Saint Bertelemy se hubiesen lamentado! Ejemplo patente tenemos en la intolerancia e irritabilidad del pueblo con los moros y judíos.

Cuarta conclusión: Que este Tribunal no era, ni con mucho, tan cruel como nos le pintan sus impugnadores, cometiendo, además, el anacronismo de hacerle vivir en nuestra edad, en que los caracteres, las costumbres y las leyes se han suavizado en tanto grado. Después de la crítica que sobre el falsario Llorente ha hecho Menéndez y Pelayo, resulta que fueron muy pocos los hombres de cuenta, entregados por la Inquisición al brazo secular, y estos después de excogitados y apurados mil medios para salvarlos.

Quinta conclusión: Que no tiranizó los ingenios, ni vedó sus manifestaciones en ningún ramo, como se verá patentemente al tratar de la «ciencia clásico-española». No encuentro, habla Menéndez y Pelayo, en los Indices expurgatorios (a cargo de la Inquisición) más obras de filósofos iberos que las de Huarte y Doña Oliva, y estos sólo para borrar frases muy contadas. Exceptuando el Brocense y Fr. Luis de León, en cuyos inícuos procesos influyeron otras causas, no hallo pensador alguno español perseguido por el Santo Oficio». Si después de todo el Tribunal de la Inquisición obró a veces apasionada, injusta o ligeramente, como sí obró en varios casos, la culpa debe recaer no sobre la Institución (que si así fuera ninguna Institución humana ni divina merecería vivir), sino sobre el sujeto o sujetos particulares que salen de ella responsables ante Dios y ante la Historia. Y de esto baste lo dicho.

*
* *

Vengamos ahora a tratar de los personajes ilustres por su santidad, en que tanto abundó aquella época, de los cuales (que son en legión) escogeré solamente tres, en quienes aparece más profundamente grabado el sello de nacionalidad, a saber: Sta. Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Pedro de Alcántara.

¡Santa Teresa de Jesús! He aquí una Santa genuinamente española, y santa del siglo XVI con todas las notas características de la raza y de la época, depuradas y divinizadas, sin mezcla de elemento extraño. Colocar a Sta. Teresa fuera del marco de aquel siglo y nación es sacarla de su propio lugar, es hacer inexplicables muchos actos de su vida y su manera de santidad. Las dos tendencias, al parecer opuestas, idealista y positivista, que los pensadores han observado en el pueblo español, encarnadas con sin igual ingenio en el Ingenioso Hidalgo y en su Escudero, vinieron a hermanarse maravillosamente en esta Santa, trocadas a lo divino. Esta es, a mi entender, la razón de su popularidad mundial, como lo

ha sido, en sentido más humano, del inmortal D. Quijote. Santa Teresa era una gran santa, pero al mismo tiempo era una gran mujer social. Su entendimiento querúbico se cernía en las regiones divinas, donde, ilustrada con lumbre celestial, contemplaba de hito en hito aquellas sublimes verdades y misterios que ella nos describe en sus admirables obras; su voluntad ardía en llamas de amor seráfico, hasta obligar a Dios a transberverarla el corazón con un dardo de fuego; pero, salida de sus grandes éxtasis y arrobamientos, era la mujer más humana del mundo. Se preocupaba solícitamente de los asuntos de familia, del paradero y estado de salud de sus hermanos que andaban corriendo aventuras por estas tierras de Indias; cumplía cortésmente con las personas a quienes por algún título era deudora de sus atenciones; no rehusaba las amistades e intimidades francas y nobles; conversaba llana y afablemente con sus hermanas e hijas en religión, ya exhortándolas, ya riñéndolas, ya aconsejándolas, ya regalándolas, compartiendo sus inocentes diversiones, sin desdeñarse de tomar en sus manos el *tambor y las sonajas*, que ella, según eran geniales sus aptitudes para todo, debía de manejar divinamente

Era, en una palabra, la santa más divina y más humana de cuantas nos refieren las historias.

Y no sólo era santa; era también una poetisa inspirada que rimaba con gracia y sal inimitables los afectos de su divinizado corazón; era una excelente escritora, «en la alteza de las cosas que trata superior a muchos ingenios, y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, talvez sin igual en la lengua castellana». (Fr. Luis de León, Prólogo a su edición de las obras de la Santa); era un apóstol, cuyo vehemente ardor la impulsaba a surcar los mares en busca de almas, y, ya que «como mujer y ruin» nada podía, abrasó a toda España con las llamas de su caridad; era, como se decía en sus días, el hechizo y la piedra imán de cuantos la veían y trataban;

era y es madre espiritual de innumerables hijos e hijas; y es, en una palabra, el símbolo de la grandeza hispano-religiosa de aquel venturoso siglo.

S. Ignacio de Loyola constituye el *tipo* de los Caballeros de la Cruz. Herido afortunadamente en las murallas de Pamplona, cuando su alma juvenil y guerrera se preparaba a escalar los alcázares de la fama, convirtió todos sus ideales y ensueños en ensueños e ideales religiosos, esforzándose por llevar a cabo en el Reino de Jesucristo las grandes hazañas a que su ardiente corazón le impelía. Su obra demuestra el éxito de sus esfuerzos.

S. Pedro de Alcántara representa el tipo del santo penitente hasta el heroismo. «Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo que había dormido solo media hora entre noche y día... Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada a un maderillo, que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y agua que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestía sino hábito de sayal sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y este tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Comer a tercero día era muy ordinario... Un su compañero me dijo que le acaecía estar 8 días sin comer. Su pobreza era extrema y mortificación... No alzaba jamás los ojos, y era tan extrema su flaqueza cuando le vino a conocer, que más parecía hecho de raíces de árboles». Tal es la enérgica pintura que de él nos traza Sta. Teresa, la cual, para que no se creyera que era un santidad cerrada, incivil y misantrópica, nos advierte a reglón seguido «que con todo su santidad era muy afable, y en su trato muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento».

En torno de estas tres lumbreras mayores, y *tipos* marcadísimos de santidad clásico-española giran otras innumerables que fuera prolijo enumerar: Sto Tomás de Villanueva, el héroe de la caridad con los pobres; el B Juan de Ribera, de quien dijo Pío V, al presentarle el Empe-

rador para obispo de Badajoz, «que era más digno que él de estar en la Cátedra de S. Pedro»; S. Francisco Javier, apóstol de las Indias; el B. Juan de Avila, apóstol de Andalucía; S. Luis Beltrán, apóstol de las Américas; S. Francisco de Borja, y otros innumerables, procedentes sobre todo de las órdenes religiosas entonces reformadas o fundadas, los cuales brillan con luz esplendorosa en el cielo de la Iglesia española.

*
* *

De las ciencias místicas que estos santos produjeron, ¿qué decir que no quede muy por bajo de su mérito? Ellos son los fundadores de la Mística considerada como sistema completo, de manera que hoy es el día en que los tratadistas de esta ciencia secreta y sobrenatural no saben ni pueden salir ni desviarse un punto de lo que aquellos santos y sabios dejaron escrito. El carácter nacional, medio idealista, medio positivista, los preservó de caer en uno de los dos extremos en que suelen naufragar los pseudomísticos. Su mística ni es idealista, rayana en panteista, al modo de la sajona, ni sensualista al modo del molinosismo y de muchas escuelas de estos tiempos que se rigen por *pura razón de sentimiento*. Es el suyo un idealismo sano y moderado, en cuyas alas, remontando sus vuelos por las sublimes esferas del mundo sobrenatural en subidísima contemplatación, y describiendo las más íntimas comunicaciones de la gracia, no se olvidan, empero, que viven en el suelo, que tienen una voluntad que dirigir, y sentidos que refrenar y una sociedad a quien servir, y necesidades y obras muy humanas a que atender. En su mística nada de heterodoxia, nada de excentricidades, nada de ocio y quietud sensual y enervante, nada de confusión de sustancias ni mucho menos de «Nirwana», nada de fanatismos antojadizos y extravagantes, nada en fin, que no sea sana razón y pura doctrina católica.

Es, además, ciencia *original*, fruto propio y nacional de aquella época dichosa en que Dios derramaba a torrentes sus bendiciones sobre el pueblo español. Y buena suerte fué y feliz coincidencia para la mística acertar a venir a tiempo en que el caráter nacional, en su grado máximo de exaltación, pudo imprimirla su indeleble sello, y las ciencias exuberantes de las grandes universidades poner al servicio de los favorecidos con estos fenómenos místicos, profundas razones que los preservaran de interpretarlos torcidamente, y las artes, singularmente el arte literario, prestarla sus más ricos atavíos, ornándola con tan linda gracia que se ha hecho y hace amar de sus mismos enemigos. Quién, al leer a Santa Teresa, no se cree disfrutando de un perpetuo convite? ¿Quién, al recorrer las páginas de Fr. Juan de los Angeles, no siente «deslizarse por sus oídos y entendimiento un deleitoso río de leche y miel»?

Tal es el cuadro religioso de la época cervantesca en España, trazado a grandes rasgos. Me parece bastante completo en sus líneas generales, aunque, por no permitirlo la índole de este trabajo, no he aportado cuantos datos podían caracterizarle completamente.

II

Política

El segundo elemento que concurre y en que se muestra el estado de una nación, es su política.

Y qué es la política? No es ciertamente el arbitrio de un hombre que a su antojo manda y prohibe, hace y deshace cuanto le agrada; ni es una *forma de lucha por la vida*, según la cual cada uno se la procura como mejor puede: unos desde los altos estrados, que han escalado por cualesquiera medios, otros desde las bajas esferas, donde maldicen su desdichada suerte y la dichosa de los de arri-

ba; ni es un sistema meramente convencional, que el pueblo puede poner, quitar o cambiar a su placer, sin más causa que la propia voluntad; ni es... nada de lo que sale de las reglas sociales y morales. La política, que es el arte de gobernar a los pueblos, va íntimamente unida con la *moral* y la *sociología*, con las que viene a confundirse en sus leyes fundamentales, y sobre estas dos *ciencias* debe estribar y moverse, puesto que de ellas se deriva; y así como la moral y la sociología se rigen por leyes eternas, del mismo modo la *política*, si ha de ser política de verdad, debe sujetarse a las mismas leyes eternas e inmutables. Por lo tanto; *hacer política* a lo Maquiavelo, a lo Hobbes, o a lo Rousseau no es hacer política de verdad, sino erigir en ciencia y en leyes los caprichos de la fantasía.

La política, considerada como arte científico, tiene por objeto directo el bien de la sociedad. Para apreciar, pues, la naturaleza y quilates de la política de un pueblo determinado, preciso es, ante todo, fijarse en cómo se guardan en él las leyes fundamentales de toda sociedad, es decir, en cómo se observan los derechos y obligaciones que competen a los dos factores de que se compone esencialmente toda sociedad: la autoridad y la masa o el pueblo. Estas leyes se reducen a las siguientes:

1.ª La sociedad, tomada en conjunto, tiene derecho a su existencia, por basarse su existencia en una ley divino-natural, en una necesidad intrínseca del hombre, en un derecho primario y fundamental contra el cual sería sacrílego atentar.

2.ª La sociedad, tomada también en globo, tiene derecho a su felicidad relativa, porque no sólo se asocian los hombres para remedio mutuo de sus necesidades naturales y morales, sino también y principalmente para la consecución de su bienestar y felicidad, cuanto es posible en este mundo.

3.ª La sociedad tiene, por consiguiente, derecho a constituirse algún representante o representantes en quienes pueda depositar sus facultades, imponiéndoles, ipso facto,

el deber estricto de guiarla a su perfección social, por cuantos medios lícitos estén a su alcance. Esto no impide que la autoridad sea divina en el sentido que luego se dirá.

4.ª Una vez constituída la sociedad, los dos factores que la componen se deben mutuas obligaciones: el pueblo a la autoridad, respeto y acatamiento; la autoridad al pueblo, sus talentos y energías, y respeto a sus derechos, ya generales, ya individuales, ora naturales, ora pactados.

Tales son, en breve, las leyes fundamentales de toda sociedad, y tales los fundamentos sobre que debe estribar la política *nacional*. Dentro de estas líneas generales hay lugar holgado para todos los recursos que constituyen la diferencia específica de la política: el talento político—el estudio de los medios más aptos para el logro de la felicidad de un pueblo—el tino y sagacidad en manejar las buenas cualidades de la *masa*, sofocar las malas, y en aprovecharse de las *ocasiones propicias*—la observación histórica que suministra ejemplos y experiencias para todos los casos y gentes y otros mil accesorios que entran en la formación de la complicada red política.

En cuanto a la política de un pueblo con otro, que forma lo que se llama *política internacional*, ésta debe basarse sobre una ley fundamental y generalísima, de la que nace el *derecho de gentes:* «que siendo todos los hombres iguales por naturaleza, todos son acreedores a los mismos derechos humanitarios». Principio capital, ignorado por griegos y romanos, introducido por el cristianismo, olvidado, a lo menos prácticamente, por las naciones cristianas durante muchos siglos, y proclamado muy alto por los juristas españoles del siglo XVI, como iremos viendo. Sobre esta piedra angular se levanta todo el edificio positivo-natural del *jus gentium*, sin que falte sobrado lugar para los recursos de la política propiamente dicha: enlaces matrimoniales, contratos internacionales y otros cien recursos en que pueden lucir sus prendas el talento y las habilidades políticas.

Asentados estos preliminares necesarios para poder apreciar en su justo valor la política de un pueblo, vengamos a tratar de la política española en su siglo de oro, estudiándola bajo los dos aspectos propuestos: *nacional* e *internacional*.

*
* *

Dice Aristóteles y mejor que Aristóteles lo enseña la experiencia, que toda idea, por muy teórica que sea, tiende, en virtud de la que él llama «ley de gravedad del pensamiento», a convertirse en acto de la voluntad, a señorearla y a encarnarse, finalmente, en el *hecho* Cuando las ideas ultroregalistas calentaron la cabeza de los cortesanos de Luis XIV, éste se erigió en señor absoluto e independiente y pudo exclamar sin escándalo de los magnates: «El estado soy yo». Cuando las ideas filosófico-jansenistas dominaron en el imperio austriaco, José II se alzó en pontífice y reformador de la Iglesia, se arrogó los derechos eclesiásticos, y cometió los excesos anti-religiosos que nos relata la Historia. Cuando las ideas subversivas de Rousseau cuajaron en el pueblo francés, éste se lanzó al aniquilamiento de todo símbolo de poder y autoridad en nombre de las *ideas* democráticas reinantes. Y no puede ser de otro modo. El entendimiento y la voluntad son partes harmónicas de un ser y toda contradicción en las partes de un ser tiende necesariamente o al equilibrio de las partes o a la destrucción del mismo ser.

Por lo tanto; poniendo de manifiesto las ideas político-sociales reinantes en la España del siglo de oro, que voy reseñando, podremos deducir el estado real de la política reinante. Y tanto con mayor derecho y lógica podremos hacer esta deducción, cuanto sabemos por mil testimonios de la Historia que entonces los *letrados* eran los oráculos de los reyes, magnates y pueblo, y difícilmente tomaría Carlos V o Felipe II una importante resolución que no fuera primero bien discutida en las aulas salmanticenses, complutenses o avilesas, o al menos, en alguna

asamblea de letrados menos brillante. Abramos, pues, los voluminosos infolios de aquella raza titánica y veamos lo que nos enseñan sobre la *sociedad*, y sobre sus elementos constitutivos (autoridad, ley y pueblo). La doctrina que sigue está tomada del «Curso Salmanticense» que cita y compila las opiniones de casi todos los doctos de aquel tiempo.

¿Qué es ley? Lex est, responden los salmanticenses, quædam rationis ordinatio in commune bonum ab eo qui Reipublicæ curam gerit, ordinata, et suficienter promulgata». Puede excogitarse definición más cabal, exacta, comprensiva y luminosa? Tenemos, pues, que en virtud de la definición propuesta, la ley ha de ser razonable, benéfica a la Comunidad, justa, honesta y suficientemente promulgada. Por consiguiente si la ley no es razonable, no es ley, ni por lo tanto obliga; si, siendo, al parecer, razonable, no tiende o mira al bien de la sociedad, no es ley ni obliga; si no es justa, honesta y puesta suficientemente en conocimiento del pueblo, tampoco obliga ni tiene fuerza de ley

Ahora bien; si la ley reune las condiciones de la definición, en tal caso su cumplimiento obliga, no sólo en fuerza de la pena que el legislador haya asignado contra el infractor, sino también en conciencia, porque en tal supuesto, la autoridad representa e interpreta la voluntad de Dios

En virtud de este carácter superior de la autoridad, la ley razonable y benéfica obliga independientemente de la voluntad o aceptación del pueblo. Sin embargo, la ley carece de fuerza obligatoria cuando viola un convenio anteriormente pactado entre la autoridad y el pueblo v. gr, contra los fueros de una región. El Príncipe está obligado a la observancia de la ley dada por él, no en fuerza de la misma ley (pues en tal caso sería de peor condición que los súbditos a quienes puede dispensar) sino *vi directiva*, aun bajo grave, si la materia es grave». He aquí la doctrina del siglo XVI sobre la ley. Veamos lo que deciden sobre la potestad o autoridad.

«A nadie dió la naturaleza, prosiguen los salmanticenses, potestad sobre otro; sólo la especie humana, o la reunión de los hombres recibió esta potestad de la naturaleza, y de Dios, mediante la misma naturaleza por cierta redundancia; en lo cual difiere la potestad legislativa eclesiástica de la civil; una y otra se reciben inmediatamente de Dios, pero la eclesiástica por la acción de Dios, ordenada directamente a la comunicación de esta potestad; más la civil, como propiedad o necesidad resultante de la misma naturaleza; porque por el mismo hecho que Dios hizo a los hombres civiles y capaces de mútua asociación, les confirió el poder o facultad de forjar leyes para el bien común, ya que sin esta facultad no podrían vivir justa y pacíficamente. Ahora bien; juzgando la comunidad o asociación humana que sería mejor gobernada por uno o por varios personajes determinados, les transfirió su potestad para ser gobernada; por eso dijo Santo Tomás «que el Príncipe no tiene más potestad de la que le otorga la República (o pueblo). De donde se deduce que el Príncipe recibe del pueblo la potestad de gobernar y legislar». Hasta aquí los letrados del siglo XVI.

Esta doctrina se enseñaba en el siglo de oro, en el siglo de los *autoritarios* Carlos V y Felipe II, y se enseñaba no en una escuela de niños, o de flamantes doctorcillos de ateneo, ni como ciencia secreta entre pocos iniciados, ni a espaldas de la cólera real, sino que se enseñaba en el entonces emporio de la ciencia mundial, en la misma Universidad de Salamanca a vista y oídos de todo el mundo. Y el autoritario Felipe II no sólo dejaba correr semejantes doctrinas que atentaban contra su autoridad, haciéndola derivar del pueblo que tiranizaba, y obligándole a cumplir lo mismo que imponía a los súbditos, sino, lo que hoy mismo y con nuestras ideas democráticas nos escandalizaría, daba libre curso a las tesis harto temerarias, defendidas por Suárez y Mariana sobre la licitud del tiranicidio, y a la de Mariana sobre la soberanía popular. Verdad es que este y *otros* muchos atre-

vimientos del Padre de la Historia Española hubieron de ponerla en roce con la Inquisición; pero, al fin, no demuestra poca libertad atreverse dos de los frailes españoles más sabios de aquella época a propalar y sostener, a ciencia y paciencia de Felipe II, doctrinas tales, que, andando el tiempo, habían de ser recogidas a mano armada por los agentes de Luis XIV.

*
* *

Pero ¿acaso era letra muerta o mero desahogo de escuela esto poner cortapisas a la suprema autoridad? De ninguna manera. Felipe II así como Carlos V y Felipe III consultaban frecuentemente, como se ha dicho, a los letrados, que tenían mil ocasiones de mostrar el fallo de la ciencia sobre cualesquiera actos o atribuciones de la autoridad y del pueblo. Y a fe que no eran aquellos ánimos tales que se dejaran intimidar por un mal ceño del rey, ni aduladores paniaguados de la autoridad real. Y si ellos se dejaran vencer y corromper, ahí estaba el pueblo que tenía valor para decir en cara al mismo rey por boca de sus Procuradores, que no obraba como debía, y que por lo tanto debía modificar su conducta, y volver sobre sus pasos.

Baste un ejemplo. Cuando Carlos V quiso deslumbrar al pueblo español con la pompa y magnificencia que creía ser debida a todo un señor de dos mundos, el pueblo, por sus representantes, le hizo notar respetuosa pero enérgicamente que no era aquel el ejemplo que había dado su abuela a la nación; que Isabel y Fernando, con ser tan grandes reyes como él, habían vivido más al uso llano y morigerado de España.

El pueblo español jamás puso su honor a los pies de ningún soberano. «Al rey la hacienda y la vida— se ha de dar; mas el honor—es patrimonio del alma— y el alma sólo es de Dios». Tal era el lema y la regla de conducta del pueblo con su soberano. Cuando en 1527 el

mismo Carlos V pidió en las Cortes de Valladolid subsidios para la guerra, los tres cuerpos representantes (Procuradores, Clero y Nobleza), juzgando injusta la petición, se la negaron, «protestando que ponían sus personas y haciendas al servicio del Emperador, pero que de ningún modo consentirían que se agravase al pueblo».

Casos como este se cuentan muchísimos y nada me costaría traerlos a colación, si no fueran notorios a cuantos han saludado las páginas de la historia española; los cuales prueban, que, si obedeciendo a un deber religioso y civil, respetaban al Rey, hasta dar su vida y hacienda por él mientras se mantenía dentro de sus límites, (como de hecho lo mostraban en las ocasiones con las obras), no estaban, sin embargo dispuestos a consentir que éste erigiera en ley sus caprichos. El honor, llevado a su más alto grado, era la virtud más arraigada en aquellos hidalgos corazones después de la religión. El honor era para ellos un ídolo sagrado, más sagrado que la vida, «pues el hombre sin honra peor es que un muerto» (Cerv.); era un templo abierto a solo Dios, un derecho de todo punto inviolable, patrimonio inalienable del alma; era, como acertó a decir Menéndez y Pelayo con frase feliz, «la moral social del siglo XVI». «Hoy es el día de matar esa hambre de honra que siempre tuvísteis, españoles»... decía el Marqués de Pescara a los héroes de Pavía.

Pues si tan elevada estaba la conciencia popular, ¿cómo concebir esa decantada tiranía de los Austrias, cuando encontraban a su paso esos dos inexpugnables baluartes de la *ciencia* y del *carácter nacional?* ¿Cómo concebir que el pueblo español fuera el juguete de una política arbitraria, cuando el mismo Rey, al menor exceso por él cometido, tenía que sufrir las austeras miradas de los altivos rostros castellanos, capaces de sonrojar a su misma real persona, cuanto más a la de algún favorito o satélite en quien no veían ningún signo sagrado de superioridad?

Todo eso es cierto, dirá alguno; pero ¿cómo explicar con ese carácter nacional y con ese rigor de doctrinas los

conatos de centralismo a que tendían visiblemente los monarcas de la Casa de Austria? Tengo para mí, y no querría desacertar, que ese centralismo fué entonces una apremiante necesidad, nacida de las circunstancias excepcionales por que atravesaba la nación; necesidad creada por la extensión de la política internacional, que obligaba a los reyes a concentrar todas las fuerzas y energías nacionales para mejor disponer de ellas en la realización de sus vastísimos planes.

España tuvo en el siglo XVI una gran misión que cumplir, la de salvar a media Europa de la herejía, y esa misión exigía de ella múltiples y cuantiosos sacrificios: sacrificio de privilegios regionales en pro de los nacionales; sacrificio de sangre y dinero, que corrieron a torrentes por los campos de Flandes y Alemania; sacrificio de las energías nacionales, que al fin sucumbieron, sí, pero después de cumplida gloriosamente su misión redentora y civilizadora, puesto que desde Felipe II apenas adelantó un paso el protestantismo en la Europa continental.

Como desdichada medida política de esa época suele achacarse la expulsión de los moros y judíos del territorio español. En primer lugar (y valga por primera excusa) también lo fueron de Inglaterra, Italia, Francia y Portugal. Por lo demás es cierto que la expulsión judaico morisca restó innumerables brazos al trabajo, y contribuyó notablemente a la decadencia de la industria y del comercio; pero forzoso era sacrificar estas ventajas a la voluntad *nacional*, que pedía con insistencia el complemento de la unidad religiosa y la desaparición de todo síntoma de peligro para la patria. He aquí las palabras que Cervantes pone en boca del moro Ricote: «Con el gran Don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, a quien dió su majestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas... Porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del

cauterio que abrasa que del ungüento que molifica. Y así con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros a debida ejecución el peso de esta gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes, hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que, como raíz escondida, con el tiempo venga a *brotar y a echar frutos venenosos en España*, ya limpia, y desembarazada de los *temores en que nuestra muchedumbre la tenía* » «¡Heroica resolución del gran Felipe III!» exclama el mismo Ricote. (Cap. 65 de la 2.ª parte del Quij)

En cuanto al aislamiento en que se quiere poner a la España del siglo de oro, no parece haber sido tal como lo ponderan muchos historiadores, pues vemos que los políticos españoles se paseaban sin trabas por toda Europa, y los sabios aparecen enseñando en casi todas las naciones europeas, como se verá luego, cuando trate de la ciencia española de esta época.

*
* *

En punto a las *bases de la política internacional* (jus gentium), no son sólo los españoles, sino principalmente los extranjeros los que vienen a darles la palma y adjudicarles la gloria. Bruker, Makinstoh y Weaton llamaron a boca llena «fundador del moderno derecho de gentes» a Francisco Vitoria, el cual proclamó la igualdad universal de los derechos humanitarios. Este principio, emitido hacía 16 siglos por boca de San Pablo, postergado y casi olvidado, a lo menos en la práctica, durante las pasadas edades, fué nuevamente proclamado en la edad de oro española por Vitoria, acogido con entusiasmo por sus discípulos, y grabado en las inmortales obras de Domingo de Soto con estas palabras: «Neque diferentia est,

ut reor, inter fideles et infideles, quia jus gentium omnibus aequale est». Es decir, que en punto a derechos humanitarios, tan acreedor era el pobre indio o moro que gemía bajo el yugo de la esclavitud, como el soberbio hidalgo que se creía señor del mundo. Verdad es que este benéfico principio no cuajó desde luego en toda la esfera docta, pero se aceptó generalmente como opinión *más probable*, y contribuyó no poco a suavizar «el Código de Indias».

* * *

De la llamada propia y específicamente *política internacional*, fuera poco cuanto se dijera en admiración de aquellos geniales monarcas, que fueron sucesivamente dueños de los destinos de Europa. Fernando de Aragón e Isabel de Castilla obraron la transición de la edad media a la edad moderna española, que se consumó, ¡fenómeno prodigioso!, en sólo cuarenta años y en un solo reinado. Isabel se encargó principalmente de la política interior, Fernando de la exterior. Mientras la Reina Católica humillaba la arrogancia de la audaz y turbulenta nobleza, y limpiaba el reino de innumerables cuadrillas de malhechores que le infestaban, y corregía con prudentísimas leyes, sobre todo con la ley del ejemplo, las relajadas costumbres de los magistrados, clero y pueblo, y fomentaba las ciencias y las artes, Fernando derrotaba a sus enemigos del otro lado de los Pirineos, en Fuenterrabía, en las Salsas y en Nápoles, e imponía su voluntad a Carlos VIII y Luis XIII de Francia; vencía y expulsaba de Castilla a los Portugueses; enarbolaba la bandera del León Castellano sobre los adarves y torreones de Mazalquivir, de Orán, de Argel, de Tremecén y de Trípoli, y venía a ser el alma y la admiración de la política europea.

Carlos V no fué en zaga al gran diplomático Fernando; y bastara y sobrara a demostrar su genialidad política

aquel *estupendo* documento que desde Ausburgo dirigió a su hijo Felipe II, fechado en 1548. En él no se sabe si admirar más el extraordinario talento y sagacidad política del Emperador que tal documento dictaba, o la suficiencia y capacidad que supone en el príncipe a quien tales y tan complicados planes se confiaban. El documento es larguísimo y, por ende, impropio de una reseña de la índole de la presente. Quien desee ver un extracto, acuda al capítulo 31 del tomo IX de la Historia de España, por D. Modesto Lafuente. En él aparece Carlos V identificado por decirlo así, con los pensamientos de todos los soberanos de Europa, pensamientos que penetra y sigue con exquisita sagacidad; conocedor profundo de la época y de sus tendencias; exacto apreciador del carácter y manera de ser de los pueblos y de las personas influyentes en el destino de los acontecimientos; sabedor por entero de los elementos propios y ajenos de ataque y de defensa... muéstrase, en una palabra, en este grandioso documento todo el genio político del nieto de Isabel la Católica.

Felipe II, adoptando una política diversa y, al parecer, contraria a la de su padre, no por eso se granjeó menos el dictado de gran político que tirios y troyanos le conceden. Lo que Carlos hacía con la espada al frente de sus ejércitos, lo realizaba Felipe desde su gabinete o convento de San Jerónimo con una actividad y energía increíbles. Como político, la Historia le rinde culto y le coloca entre las figuras más salientes en el dificilísimo arte de gobernar.

En Felipe III decayó la política y se inició el período de decadencia nacional.

Al servicio de estos genios políticos estaban los primeros diplomáticos y los primeros guerreros de Europa. Diplomáticos pacientes y sacrificados a la Corona como Alonso de Silva; enérgicos y decididos como Antonio Fonseca; hábiles y sagaces como Garcilaso de la Vega; cautos y mañosos como Francisco de Rojas; inteligentes

y nobles como Juan de Albion; honrados e hidalgos como los Mendozas; dulces y condescendientes en los debidos límites como Luis de Requessens; competentes, en fin, como los Vargas, los Fajardos, los Moncadas y otros mil que pudiera citar si no bastaran los dichos para acreditar la política española del siglo de oro. Y al servicio de la política surgían caudillos de la talla de Hernán Pérez del Pulgar, «el Adalid de las Hazañas»; de Gonzalo de Córdoba, «que por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado el Gran Capitán» (Cerv.); del Marqués de Pescara, el sitiado de Pavía; de Antonio de Leiva, compañero de aventuras del anterior; del Duque de Alba, terror de portugueses y flamencos; de D. Juan de Austria, el vencedor de las Alpujarras y de Lepanto; del Marqués de Santa Cruz, «rayo de la guerra, venturoso y jamás vencido Capitán» (Cerv.); del Marqués de Espínola, el vencedor de Ostende, y otros sin cuento cuyos gloriosísimos hechos deslumbraron a Europa y contribuyeron en alto grado al engrandecimiento y apoteosis de España. Mas no sólo los caudillos coronaron de gloria militar a la «nación más poderosa del mundo», sino también los invencibles batallones castellanos, singularmente aquellos famosos tercios que pasearon victorioso el pendón de Castilla por casi toda Europa. De ellos no encuentro mayor encomio que el que les tributaba un gran Almirante francés, vencido por estas falanjes macedónicas, el cual escribía a otro gran militar: «¿Sabéis vos lo que son cinco mil españoles?» Cinco mil españoles son cinco mil hombres de armas, y cinco mil caballos ligeros y cinco mil infantes, y cinco mil gastadores, y cinco mil... demonios.

Tal es el cuadro de la política española del siglo XVI bajo todos sus aspectos.

III

Ciencias

Dicen los enemigos de la vieja España que en el siglo XVI no hubo «ciencia española» merced a la intransigencia de la Inquisición que mataba en flor u oprimía el genio nacional. Nada más opuesto a la verdad. Precisamente era entonces España «madre fecundísima de grandes ingenios», como la llamó Erasmo, que ciertamente no pecaba de españolista; aquella España donde vino a ser proverbial «que no podía llamarse caballero, quien no fuera hombre de letras». El mismo Felipe II, acusado de tiranía intelectual, era, dícennos sus biógrafos, muy buen políglota, y tan versado en el latín, que era consultado por los maestros y doctos en esta lengua.

Dícennos también que trató de reunir en el Escorial una soberbia biblioteca de los mejores libros habidos entonces, a la cual regaló por cuenta propia 4,000; y que se procuró de la Vaticana los códices hebreos para levantar aquel monumento colosal de la Políglota Antuerpiense, que él costeó de su caudal y tomó bajo su real protección. Dícennos asimismo que se rodeaba de letrados, que los protegía y alentaba y otras muchas cosas por el estilo, que, en verdad, no evocan esa idea triste y opresora de Felipe II que muchos se forjan. «Vivimos en un siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras»... (Cerv., cap. XVI de la 2.ª p. del Quij.) «Ma non ragioniam piu di loro» dijo el poeta.

*
* *

La ciencia española pasó de la esterilidad del siglo XV a la exuberante floración del siglo XVI, emulando los altos vuelos de la religión y de la política. Desde enton-

ces principalmente data la ciencia hispana que hinche las bibliotecas; desde entonces muchos principios y tesis que, remozados hoy a la moderna, aun no pueden disimular su vieja procedencia, explícita o implícitamente atestiguada; desde entonces los grandes genios científicos que mas honda huella han dejado en el dominio del saber.

Ya en tiempo de Isabel aparecen en torno suyo, como aureola de gloria, nombres insignes, que honraron la ciencia española: Cisneros, Mendoza, Talavera, los Vergaras, Hernán Alfonso de Herrera, Galíndez de Carvajal, Morales; Beatriz de Galindo, la «Latina», maestra de su soberana; Luisa de Medina, profesora de la Universidad de Salamanca; María Pacheco, la heroica esposa del Héroe de las Comunidades, mujer de prodigiosa erudición, y otros muchos ingenios que brotaron al aliento creador de la ínclita Reina Castellana. Durante el siglo XVI los sabios pulularon en tan extraordinario número, que se hace poco menos que imposible enumerarlos uno por uno. Procuraré, sin embargo, hacer mérito de los principales en cada ramo científico, comenzando por los cultivadores de la ciencia considerada entonces como «Reina y Señora» de todas las otras ciencias (Cerv.), por *la Teología.*

En teología nadie ha disputado la palma a los españoles, y este es el siglo XX, el siglo de las luces universales, en que a pesar de tres siglos de progreso, los tratadistas de Religión, no dejan caer de sus labios los ínclitos nombres de los Suárez, de los Canos, de los Vázquez, de los Bañez, de los Salmanticenses y de no sé cuántos más genios inmortales. En España nacieron aquellos sistemas, que en su tiempo pusieron en conmoción a la Iglesia: el *molinismo*, el *suarismo* y el *tomismo,* sobre cuestiones de la gracia y de la ciencia *divina;* cuestiones, en verdad, más sutiles que importantes, pero que arguyen una libertad, robustez y penetración de ingenio maravillosas.

Por lo demás, la Teología del dorado siglo español se

paseaba triunfante en boca del cordobés Pedro de Soto y Gregorio de Valencia por las universidades de Dollingen, Osford y Cambridge, ocupando sus cátedras y esparciendo por doquiera rayos de luminosa sabiduría; recorría media Europa en la persona de Salmerón; honraba las cátedras de París, en que Maldonado leía tan admirablemente bien, que los mismos protestantes, contra quienes tronaba, iban a *oirle*, cautivados por su magistral y elocuente doctrina, y por la solidez de sus razonamientos; brillaba en Roma, donde Suárez y Fr. Diego Alvarez enseñaban con universal aplauso; resonaba en Trento por boca de D. Martín Pérez Ayala, enérgico defensor de las tradiciones eclesiásticas; de Antonio Agustín, rey de los canonistas de su siglo, hombre de vario y portentoso ingenio, solicitado de Papas y Emperadores; del celebérrimo Melchor Cano, cuya obra «De locis theologicis», escrita en estilo ciceroniano, honra grandemente su memoria; de Domingo de Soto, de quien se decía que «quien sabía a Soto, lo sabía todo». (Qui scit Sotum, scit totum); de los Guerreros, Cuestas, Fontidueñas y otros PP. del Concilio, entre los cuales ninguno había que en pureza de dicción y profundidad de doctrinas no pasara de la medianía Las universidades de España eran regentadas por sujetos de la talla de los Suárez (Doctor Eximius); de los Bañez, terrible adversario de los molinistas; de los Luises de León, autor de la profundamente teológica obra sobre los «Nombres de Cristo»; de los Vázquez, de quien dijo Berti «que no se podía saber teología sin haberle leído y aprendido»; de los Lemos, apellidado por Nicolás Antonio «Magister sapientissimus». Pero ¿a qué alargarme más en citar nombres de teólogos insignes del siglo XVI, cuando toda España era entonces un pueblo de teólogos, que acudía ávidamente a oír y criticar las tesis públicas defendidas por los grandes maestros, y que seguía, no con hastío y cansancio, sino con admirable facilidad y gusto, los abstractos razonamientos teológicos expuestos y *representados* en los Autos Sacramentales?

Filosofía

Filósofos son en primer lugar todos los teólogos mencionados, ya que la teología escolástica, en boga entonces en España, procede por razonamientos filosóficos, cuanto lo permite la materia. Pero, además de estos, hay filósofos de todos los matices, desde los más acendrados espiritualistas, hasta los positivistas y materialistas, aunque estos en muy reducido número. España tenía entonces representantes de todas las escuelas. Vives fué, como de él muy justamente se ha dicho, no fundador, sino «sembrador de sistemas»; el cual, influído por el Renacimiento, que tan lucida escuela tuvo en España, expresó galanamente las más abstractas ideas filosóficas adoptando preferentemente el método de observación o experimental, siendo predecesor de Bacón. De Vives es aquella hermosa expresión: «Nullae duae res inter se tam amicae et concordes sunt, quam virtus et veritas, nempe germanae a Deo genitae» De Sepúlveda dijo Florido Sabeiro «que era honra de España y de su siglo, filósofo y teólogo, cuya alabanza superaba a sus fuerzas». De Suárez, como filósofo, dijo Vico «que en cuestiones metafísicas había agotado la materia». Los filósofos complutenses fueron el más robusto baluarte de la filosofía tomista. *Armonista* fué Fox Morcillo, que se esforzó en conciliar y armonizar las ideas eternas de Platón, con las formas concretas de Aristóteles; *escéptico* Francisco Sánchez; sensualista, Huarte; cartesiano, Gómez Pereira; platónico, León Hebreo y otros innumerables de todos los matices, pero especialmente escolásticos, cuyos *nombres* puede ver el curioso en el «inventario bibliográfico» de Menéndez y Pelayo, en tal abundancia, que de seguro le colmará las medidas.

Escritura

Bastan tres nombres, aunque son muchísimos, para realzar la ciencia hispano-escrituraria del dorado siglo: Arias Montano, Fr Luis de León y Maldonado.

Benito Arias Montano, ingenio de singular capacidad y cultura, es el editor de la Políglota de Amberes, obra sobrado gloriosa para honrar e inmortalizar por sí sola una personalidad científica. Es además exégeta de primera fuerza, excelente poeta, diligentísimo filólogo y gran polígrafo.

Los modernos exégetas y filólogos pronuncian su nombre con respeto.

Fr. Luis de León, aquella *alma hebrea*, como le llama un autor moderno, llegó a compenetrarse de tal modo del espíritu bíblico en sus «Comentarios a los Cantares y a Job», que pasma cómo un hombre del siglo XVI tan remotísimo de la época, lugar, usos y costumbres en que se escribieron los libros sagrados, pudo familiarizarse con ellos y asimilárselos hasta el punto de imitar sus giros, su fuerza de expresión, su concisión, su colorido local; y eso en castellano y sin modelos a que adaptarse, puesto que sus libros científico teológico y escriturarios eran, como él mismo lo dice, «los primeros que en romance salían a luz».

De *Maldonado* baste decir, que hoy mismo, en que tanto han progresado los estudios bíblicos, se le cita con frecuencia como autoridad de peso en la materia. Pudiera, además de los tres mencionados, citar otros nombres como Maluenda, Prado, Villalpando, etc., etc.

Mística

He hablado ya de la Mística del siglo XVI; baste ahora hacer mérito en conjunto de los autores principales, que son: Sta. Teresa de Jesús y S. Juan de la Cruz,

príncipes de esta ciencia; Malón de Chaide, Fr. Juan de los Angeles, Fr. Diego de Estella, los cuales dejáronse influir del elemento platónico traído por el Renacimiento y vistieron sus altísimos conceptos de las primorosas galas de la cultura Renaciente.

En **Jurisprudencia** se destacan las figuras de Antonio Agustín y de Gouvea, de Francisco de Vitoria, de Baltasar Ayala, etc.

En **Medicina** adquirieron merecida fama los Lagunas, los Valdés y los Valverdes, etc.

Los que cultivaron las Humanidades y salieron excelentes latinos y helenistas son incontables, como quiera que la Escuela Renaciente española nada o muy poco tuvo que envidiar a la italiana, como concederá fácilmente quien haya leído las obras de Menéndez y Pelayo, singularmente las «Ideas Estéticas» y la «Ciencia Española».

En las **ciencias exactas**, verdad es que no tuvo España un Galileo, pero tuvo la honra de no haberle relegado al Indice hasta que Roma se lo mandó; no se honró con un Copérnico, pero honróse con un D. Juan de Zúñiga, que implantó como libro de texto en la Universidad de Salamanca el de «Nicolás Copérnico»; no puede presentar un Newton, pero sí un Hugo Omerique, a quien no se desdeñó de estudiar y elogiar el mismísimo Newton.

Mas no se crea que fueron estas solamente las manifestaciones de la ciencia natural clásico-española. No; hay nombres gloriosos y *trabajos* de reputación inmortal. He aquí como los resume Altamira breve e *incompletamente:* «Los resultados prácticos de este gran movimiento de cultura (de la edad de oro española) en orden a las ciencias físico-naturales fueron, principalmente, los grandes trabajos hechos por Fernando Colón, Pedro Esquivel, López de Velasco y otros para describir geográficamente la Península y triangularla; los análogos emprendidos, con referencia a las tierras americanas, por Ovando, Santa Cruz y en general por las oficinas técnicas de la Casa de Contratación; los proyectos para canalizar los

ríos principales y para abrir el istmo de Panamá, la invención de la brújula de variación, por Felipe Guillén (1525); la del instrumento llamado *nonius*, que aún se usa en Física, por Pedro Núñez; la corrección del almanaque gregoriano, por Pedro Chacón y otros; la construcción de las primeras bombas de metal para achicar el agua de los buques, debida a Diego Rivero; la rectificación de las teorías de balística dominantes en Europa, hecha por Jerónimo Muñoz; la construcción de telescopios, en que logró fama el español Rojeto; la iniciación de los estudios sobre la fuerza del vapor de agua, que hicieron Juan Escribano y Juan Bautista Porta; la perfección de la cartografía y de los estudios cosmográficos en que trabajaron muchos pilotos y empleados de la Casa de Contratación; los descubrimientos anatómicos del cuerpo humano y particularmente los relacionados con la circulación de la sangre, en que se hizo célebre el médico Miguel Servet y que cultivaron otros en las clínicas de nuestros hospitales y en las clases prácticas de algunas Universidades; las expediciones científicas a la América, como la organizada en 1570 bajo la dirección del doctor Francisco Hernández para estudiar la historia natural, geografía y costumbres de Nueva España y Perú; el perfeccionamiento de los métodos metalúrgicos, o sea la explotación de los metales, particularmente los preciosos; el descubrimiento de un gran número de especies nuevas de plantas y animales de América; la formación de colecciones y jardines botánicos, y otros más.» (Hist. de la Civil. Española, n. 83).

Y ahora para terminar con la *parte científica* de este menguado estudio, recogeré y mencionaré solamente algunos de los nombres que pueden ostentar patente de invención o paternidad en algún *ramo*

Santa *Teresa de Jesús* y *S. Juan de la Cruz* son los fundadores y padres de la Mística, considerada como sistema completo.

Francisco de Vitoria, padre del moderno Derecho de Gentes.

Fr. Diego Ruy de Montoya, fundador de la Teología Positiva.

Suárez y Molina, fundador de los sistemas que llevan sus nombres.

Melchor Cano, fundador de «Locis Theologicis».

Núñez, inventor del *nonius*.

Alfonso de Santa Cruz, inventor de unas cartas esféricas para uso de los navegantes.

Felipe Guillen, inventor de la brújula de variación.

Pedro de Medina, autor del primer arte de navegar.

D. Juan de Rojas, autor de un nuevo planisferio.

Vergara, primer cultivador de la Historia Crítica.

Siguenza, primer cultivador de la Filosofía de la Historia.

Nebrija, padre y restaurador de las letras humanas en España.

Servet, descubridor de las leyes de la circulación sanguíneo-pulmonar.

Grato me es confesar (y sírvame de garantía de acierto) que no pequeña parte de estos últimos datos están tomados de diversas obras de aquel «hombre-legión» que, cual mago con su varilla prodigiosa, evocó y dió nueva vida a la vetusta «ciencia española». A él, como a primer y más autorizado principio, debe acudir quien desee hablar o escribir acertadamente de la vida intelectual de España en todas sus épocas y manifestaciones.

IV

Artes

Comprendo bajo este título solamente las cinco bellas artes (poesía, pintura, arquitectura, escultura y música), por no alargar en demasía esta reseña que va resultando algún tanto prolija, si bien muy menguada comparada con la grandiosa realidad. A modo de introducción diré

dos palabras sobre el arte literario en la *prosa*, que en el siglo XVI llegó a su complemento y perfección. De la literatura hispano-clásica, ¿quién, que se precie de medianamente aficionado a las letras españolas, puede alegar ignorancia, ni de los insignes literatos que tanto contribuyeron a dorar aquel hermoso siglo? ¿Quién no ha oído mil veces, si ya no ha leído sus obras, los nombres de Fr. Luis de León y de Granada, de Santa Teresa, de Siguenza, Guevara, Fajardo, Juan de Avila, Solis, Rivadeneira, Jerónimo de S. José, Juan Valdés, etc. etc., todos modelos del buen decir insuperados e insuperables? El nombre de Cervantes anda en los labios y su *Obra* en manos de todo el mundo.

Y no sólo estos grandes maestros, sino cualquier monjilla o sacristan de pueblo escribía entonces tan graciosa, pintoresca, propia y castizamente, que su lectura (sobre cualesquiera documentos o deposiciones jurídicas, etc.), nos deleita en extremo. ¿En qué consiste este *secreto* ya perdido?

Porque es de notar que habiendo escritores y hablistas modernos tan puros y castizos como Valera, Pereda, Menéndez y Pelayo, Mir, Ricardo León y Valbuena en España y el Sr. Barriga y otros en Chile, todavía advertimos que les falta *algo*, un no sé qué para llegar a aquella rancia manera de hablar y escribir, y a tiro de ballesta adivinamos si tal o cual libro es fruto de antaño o de hogaño. Tengo para mí que, además del cosmopolitismo que tanto en la lengua como en las ciencias y artes domina, contribuyendo a desfigurar, si ya no a borrar el sello de nacionalidad, la causa principal es el cambio o variación de fase histórica en la vida patria, o, hablando en puridad, sin que por ello nadie se ofenda, cierta decadencia del carácter nacional, que, como se ha dicho, imprime en los elementos reinantes su modo especial de ser; de modo que, según mi parecer, para hablar y escribir como en el siglo XVI habría que tornar a ser españoles del siglo XVI.

Hechas estas observaciones acerca de la prosa clásico-

literaria por no dejar rasgo alguno de aquella época por reseñar, paso a tratar de la primera de las bellas artes, que es la poesía; y, adoptando su ordinaria división, trataré primero de la poesía lírica, luego de la épica, y finalmente de la dramática o del teatro, procediendo sin gran atención a las *fechas*, como los datos convengan a la época que se reseña.

1.—Poesía lírica

El primer representante del lirismo en el siglo de oro español es Garcilaso de la Vega, inventor de las liras o composiciones alternadas de endecasílabos y heptasílabos, que él mismo elevó a una perfección aun no superada, a lo menos en su parte artística, o en cuanto a la forma. Admira cómo aquel recio temple guerrero pudiese ejercitar su pluma en poesías tan profundamente tiernas y amorosas como son todas las suyas.

Sirva de ejemplo esta estrofa, tomada de su primera égloga (Salicio y Nemoroso):

Cuantas veces, durmiendo en la floresta
Reputándolo yo por desvarío,
Vi mi mal entre sueños, desdichado;
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado;
Y después de llegado
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo lágrimas corriendo.

Para apreciar todo el valor, intensidad y dulzura de

esta lindísima composición, sería preciso trasladarla íntegra. Es de lo más hermoso del Parnaso Español. ¡Lástima que una temprana muerte viniera a cortar en flor aquel aventajadísimo ingenio de las letras españolas.

Fr. Luis de León es el Horacio cristiano, que supera a su modelo en el ardor y vehemencia de los afectos, y le iguala en la sencillez, concisión y profundidad. De su oda al músico Salinas dijo Milá y Fontanals «que es la más bella parafrasis de la estética de Platón». Es el mejor poeta de los *ascetas* españoles. Muchas de sus odas andan en boca de cuantos han saludado la Retórica.

Qué descansada vida
La que huye del mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

La oda «A la profecía del Tajo» es una perla artística. Distínguese por la intensidad de los afectos y hermosura de expresión.

¡Ay esa tu alegría
Qué llantos acarrea! aquesta hermosa
Que vió el sol en mal día,
Al Godo ¡ay! cuán llorosa,
Al soberano sceptro ¡ay! cuán costosa!
Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz a la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
Ay! cuánto de fatiga,
Ay! cuánto de dolor esta presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente.

(Edición de Fr. Antolín Merino—1885).

Es maravillosa la facilidad con que Fr. Luis de León cambia y se compenetra de toda clase de afectos. A la poesía profundamente sentida de la «Profecía del Tajo», sigue otra placidísima a la «Noche Serena» que eleva el alma a una región de luz, de paz y de felicidad.

¡Ay! levantad los ojos
A aquella celestial, eterna esfera;
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera....

Francisco de la Torre se distingue por su ternura y melosidad.

Donde vas, avecilla desdichada?
Dónde puedes estar más afligida?
Hágote compañera de mi llanto;
Busco yo nueva vida
Que la desventurada,
Que me persigue y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía;
No menosprecies la doliente mía
Por menos fatigada y dolorosa,
Que si te persuadieras
Con la viveza de mi mal vivieras.

(Canción «La Tórtola»).

En majestad, sonoridad y altos vuelos de pensamiento y de dicción nadie iguala al divino *Fernando de Herrera*. Su «Canción de Lepanto» empapada en el espíritu bíblico más sublime, es tal como no ha resonado jamás en oídos de hombres, desde los tiempos de Moisés».

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trance fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra;
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente del Faraón, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra en el profundo y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.

Fuerza me hago para no seguir copiando, en gracia a la brevedad, más de esta soberbia composición del gigante ingenio de Herrera. Tan sublime, tan magnífica, tan profundamente cristiana es!

Rodrigo Caro fué apellidado «divino» por el mismo Herrera. Su poesía a las «Ruinas de Itálica» es insuperable en su género. En ella imprime profundamente el autor el sello de su carácter personal.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora,
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué; por tierra derribada
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo,
De todo apenas quedan las señales...

Citaré, además, entre estos luminares mayores, a *Don Juan de Jáuregui* no tanto por el valor de sus composiciones, aunque son notablemente meritorias, cuanto por haber sido amigo, protector y pintor de Cervantes. (Vid.

el prólogo del mismo Cervantes a sus novelas ejemplares). Sus obras son la «Farsalia y la Aminta», célebres traducciones.

2.—Poesía épica

En la poesía épica descolló *Ercilla*, cuyo poema «La Araucana» todo chileno ilustrado habrá leído repetidas veces. Cervantes alabó pródigamente este poema en el famoso Capítulo del «Escrutinio».

De *Valbuena* y de *Fr. Diego de Ojeda*, autores respectivamente del «Bernardo» y de la Cristiada», solo pueden recomendarse ciertas cualidades artístico-personales, y ciertos trozos de sus obras.

El primero es de potente fantasía y a veces de no mala versificación; el segundo tiene trozos bien sentidos y no mal versificados. Estos tres personajes artísticos, Ercilla, Valbuena y Ojeda representan honrosamente la épica del dorado siglo español, sin que falten otros de menos cuenta.

3.—Dramática

La dramática española no es sólo nacional, sino mundial, ya que de su *teatro*, como de público arsenal, tomaron los extranjeros numerosos elementos para sus propios teatros, como ellos mismos lo confiesan, sean franceses o alemanes, italianos o ingleses; los cuales han manifestado más de una vez «que, para proceder con acierto en la descripción y estudio del teatro europeo, preciso era comenzar por el español, si el estudio había de remontarse a sus fuentes». Hay fenómenos generales en todos los teatros europeos, cuyo origen y primera manifestación se hallan en el español.

Los principales representantes de la poesía dramática

en la época que voy reseñando, son: Lope de Rueda, padre del teatro español; Lope de Vega, Tirso de Molina, Fernando de Alarcon y Calderón de la Barca.

Lope de Vega, el «Monstruo de la naturaleza» como le llamó Cervantes, el «Fénix de los ingenios», como le apellidaban sus coetáneos, el «hombre más portentoso que han producido los siglos», según le califica un moderno literato, «avasalló, dice Capmany, de tal suerte el teatro, que, durante muchos años no se vió en los carteles otro nombre que el suyo, y hasta llegó el pueblo a llamar de Lope todo lo que en cualquier género era singular y sobresaliente. Las gentes le seguían en las calles; los extranjeros le buscaban como un objeto extraordinario; los monarcas paraban su atención a contemplarle y le admitían a su presencia para colmarle de honores; hasta los pontífices quisieron premiar tan grande ingenio y Urbano VIII le condecoró con el hábito de S. Juan, y le confirió el grado de doctor en Teología, enviándole el título con una carta muy lisonjera, escrita de su propio puño». A Lope alude evidentemente el Ingenioso Hidalgo en un párrafo del cap. 48 de la 1.ª parte, en que le llama «felicísimo ingenio de estos reinos, que ha compuesto muchas e infinitas comedias con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo que *tiene lleno el mundo de su fama*». La avalancha de Lope de Vega arrolló todo otro ingenio menor, y esta es la razón porque muchos medianos y aun buenos dramaturgos de aquella época (entre los que se cuenta el mismo Cervantes), no lograron gran éxito en las «tablas». Sus infinitas composiciones de todo argumento inundaron por completo a toda España. Según cálculo, escribió 21 000,000 de versos repartidos en 1,800 comedias y 400 Autos.

Tirso de Molina y *Fernando de Alarcón* recogieron la tradición de Lope, imitándole y aun superándole en muchas cualidades del drama; y por fin Calderón de la Barca, aquel dramaturgo «cuya alma vibraba al compás con

las de sus oyentes» y expectadores elevó el teatro nacional a su apogeo.

Verdad es, que, por lo que hace a la forma, Calderón pertenece ya a la decadencia; pero en el fondo es tanto o más clásico que cualquiera de los del siglo XVI. De los «Autos Sacramentales», singularmente de los calderonianos, ha dicho Menéndez y Pelayo que son «literatura única en el mundo», y acreditan tanto al autor capaz de condensar y encerrar en formas concretas y poéticas tan abstractas especies, como a sus expectadores capaces de comprender y seguir el hilo de tales abstracciones.

No me detengo en poner ejemplos de los dramaturgos mencionados, porque sería cosa de nunca acabar. Además, de ellos puede decirse que basta el nombre y las voces de la fama.

Resumiendo lo dicho en dos palabras: el Parnaso español del siglo de oro igualó, si ya no aventajó, en riqueza de elementos, número de obras y bellezas de fondo y de forma, al Parnaso de cualquiera otra nación en su siglo más dorado. Probarlo comparativamente sería labor no muy difícil después de las investigaciones y prodigiosas revelaciones de los modernos hispanófilos.

*
* *

Pintura

También en el arte pictórico sobresalieron los españoles de la *edad* dorada, de suerte que sus pinturas fueron y son la admiración del mundo artístico. Escogeré tres solamente de los más afamados (que cierran gloriosamente el ciclo clásico español), cuyos relevantes méritos nadie pone en tela de juicio: Ribera, Velázquez y Murillo.

Ribera es el pintor del *tipo* penitente. Admirables sus cuadros por lo atrevido del diseño y vigor del colorido, no lo son menos por su pasmoso e imponente *expresivismo*, que produce honda e imborrable impresión en el

ánimo del expectador. El *S. Jerónimo* que orna los muros de Sta. María la Mayor de Roma y los numerosísimos lienzos expuestos en el museo de pinturas de Madrid justifican plenamente lo que de él dijo Pacheco: «que sus figuras parecen vivas y todo lo demás pintado». El mundo le aclama y le coloca entre los más excelsos representantes del arte.

Velázquez es más espléndido, más humorista, menos terrible que Ribera. Sus cuadros son una galería mundial de *tipos* y *paisajes*. Sus figuras hablan y se mueven: tal es el distintivo del gran Velázquez. También la fama ha recompensado sus sobresalientes méritos.

Murillo es el pintor de la Inmaculada. «Hablemos de Murillo,—dice el célebre Edmundo de Amicis en su libro «Spagna»,—con el tono de voz más suave que puedan modular nuestros labios. Velázquez es un águila en el arte, Murillo, un ángel; a Velázquez se rinde tributo de admiración, a Murillo de adoración. Sus pinturas le dan a conocer como si en su compañía se hubiese vivido. ¡Qué bello, qué bueno, qué piadoso era! La envidia no halló donde morderle; en torno de su corona de gloria, lleva una aureola de amor. Dotado de ingenio apacible y sereno, sus cuadros levantan el alma a Dios con plácida inspiración... Cuanto más se los mira, más en ellos se descubre, y la admiración maravillosa se transforma poco a poco en sentimiento de dulcísima alegría. Sus ángeles parecen que están diciendo: bésanos; sus vírgenes de negros ojos, vestidas de blanco y envueltas en azulado manto con las manos juntas, sutiles, flexibles, aéreas, colman de dulzura el corazón y bañan los ojos en suaves lágrimas. En Murillo se hallan y adunan la verdad de Velázquez, los efectos vigorosos de Ribera, la armoniosa transparencia del Ticiano y la brillante viveza de Rubens.» Hasta aquí el fecundo escritor italiano.

Además de estos tres luminares de primera magnitud merecen citarse como grandes pintores-clásico-españoles: *Zurbaran* digno de hombrear con los mencionados por

sus cuadros religiosos; *Pacheco* maestro de Velázquez, de quien cantó Baltasar Alvarez esta algún tanto exagerada estrofa: «Su pincel levanta el vuelo—hasta el ángel Micael —y de allí sube el pincel—hasta ponerse en el cielo». Carducho y el Greco si no son españoles por derecho de nacimiento, lo son por derecho de educación y ciudadanía.

Total: la cultura española por lo que atañe al arte pictórico está dignísimamente representada por genios de fama mundial y eterna.

*
* *

La Arquitectura y la escultura españolas no llegaron a su apogeo en el siglo XVI, merced a la época de transición por que pasaban estas artes bajo el influjo del Renacimiento. Sin embargo, aun aparecen, entre otros menos excelentes, dos personajes insignes, cuya obra es su mejor alabanza: los arquitectos del Escorial (octava maravilla del mundo) que se llamaron Herrera y Juan Bautista de Toledo. Alonso Cano, Gregorio Hernández, el Montañés y Berruguete representan honrosamente el arte clásico escultórico, señaladamente el Berruguete muy encomiado por los peritos en la materia.

*
* *

Música

«En los siglos XVI y XVII cuando imponíamos la ley a los pueblos de Europa, imponíamos también nuestra música a Italia, a la Reina de las artes y teníamos en Roma competidores y aun predecedores del gran Palestrina». Así habla Uriarte, genial y malogrado escritor moderno del arte musical; el cual añade, a propósito de los tres grandes maestros del clasicismo español, Morales, Guerrero y Vitoria, que «el efectivismo moderno no ha

logrado, a pesar de sus esfuerzos, hallar en su paleta colores con qué expresar el esplendor sencillo, la unión maravillosa y la severa dignidad de facciones que campean y señorean en el arte de nuestros grandes maestros. El carácter distintivo de la música clásico-española es el *expresivismo*. Guerrero distínguese, además, por la riqueza de armonía de que hace lujosa gala.

Cabezón (el organista de Carlos V) es apellidado por Pedrell «el Bach español». *Clavijo* († en 1626) adquirió fama universal.

De Salina, el músico ciego, profesor de Salamanca, ninguna mayor ponderación puede hacerse que la hecha por Fr. Luis de León en aquella bellísima oda «A Francisco Salinas», que, cediendo en honra, tanto del autor de tan elevadas ideas y sentimientos estético-musicales, como del músico a quien va dedicada, quiero reproducirla íntegra. Será remate de oro a esta cadena de glorias por mí con mano torpe eslabonadas en esta mala y descarnada reseña:

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.
A cuyo son divino
Mi alma que en olvido está sumida,
Torna a cobrar el tino,
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.
Y como se conoce,
En suerte y pensamiento se mejora,
El oro desconoce
Que el vulgo ciego adora,
La belleza caduca engañadora.
Traspasa el aire todo
Hasta llegar a la más alta esfera,
Y oye allí otro modo

De no perecedera
Música, que es de todas la primera.
Ve como el *gran maestro*
A aquesta inmensa cítara aplicado
Con movimiento diestro
Produce el son sagrado,
Con que este eterno templo es sustentado.
Y como está compuesta
De números concordes, luego envía
Consonante respuesta,
Y entrambas a porfía
Mezclan una dulcísima armonía.
Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura y finalmente
En el así se anega
Que ningún accidente
Extraño o peregrino ove o siente.
Oh desmayo dichoso!
Oh muerte que das vida, oh dulce olvido!
Durase en tu reposo,
Sin ser restituído
Jamás aqueste bajo y vil sentido.
A este bien os llamo,
Gloria del Apolineo sacro coro,
Amigos a quien amo
Sobre todo tesoro,
Que todo lo demás es triste lloro.
¡Oh suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando a lo demás amortecidos.

Del cuadro que acabo de trazar resulta clara y evidentemente que la llamada edad de oro española fué grande

en todo sentido: en religión, en política, en ciencias y en artes. Las pruebas no escasean por cierto; lo que sí ha escaseado han sido los colores de mi paleta para acertar a trasladarla en toda su grandiosa y bellísima realidad. Me complazco, pues, en repetir de nuevo con toda la satisfacción que trae consigo el pleno conocimiento y convencimiento de una agradable verdad, la encomiástica frase de Makintoh, «que la España del siglo XVI fué la nación más poderosa y magnífica de las naciones europeas».

SEGUNDA PARTE

CERVANTES

«Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió, para librarse del olvido.
Soy yo, por quien la *Confusa* nada fea,
Pareció en los teatros admirable,
Si esto a su fama es justo se le crea.
Yo, con estilo en parte razonable,
He compuesto *comedias*, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino,
En cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ella procuré siempre agradarte (a Delio)
Nunca voló la pluma humilde mía
Por la región satírica, bajeza
Que a infames premios y desgracias guía.

Yo he compuesto Romances infinitos...

Yo en pensamientos castos y sotiles

Dispuestos en sonetos de a docena,
He honrado tres sujetos fregoniles.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
Merced al cielo que a tal bien me inclina,
De toda adulación libres y exentos
Nunca pongo los pies por do camina
La mentira, el fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.....

(Viaje al Parnaso, cap. IV).

«Oh sobre humano y sobre
Espíritu Cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre;
Que, en fin, has respondido a ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado
Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra;
Y sé que aquel *instinto sobre humano*
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te lo ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y a la envidia mueven guerra...

(Id., cap. I).

De tres maneras puede trazarse la biografía de un personaje cualquiera: *externa, íntima* o *comparativamente;* es decir, explicando los términos: pueden escribirse *solamente* los hechos externos de toda su vida con todo el escrúpulo y diligencia imaginables, prescindiendo por completo de sus disposiciones o estados psíquicos y de sus relaciones e influencias en la sociedad reinante; o pueden escribirse, juntamente con los hechos, las disposiciones íntimas, las razones psicológicas, los rasgos morales, y la evolución de su conciencia e ideales; o pueden describirse, juntamente con estos dos órdenes o aspectos, el aspecto u orden comparativo, estudiando el estado de la sociedad y época en que vivió, la influencia que en ellos pudiera haber ejercido su energía personal, y la que él pudo recibir de la misma época y sociedad.

El primer modo de historiar la vida de un personaje es, como se deja comprender, imperfectísimo; porque, aparte de un número más o menos considerable de hechos que agrega a la Historia, nos deja casi por completo ignorantes del personaje descrito. Nos le presenta aislado y por lo mismo hace incomprensibles muchos actos de su vida; nos le presenta *exclusivamente* obrando, de donde resulta que el lector más se fija en las *obras* que en el personaje las cuales obras nos dan, a lo sumo, la idea de un tipo abstracto, vago, acomodaticio, ya que iguales o semejantes se hallarán en muchos otros personajes de todos los tiempos y sociedades. Por eso los biógrafos modernos (sin que falten en la antigüedad algunos ejemplos) van adoptando preferentemente el método psicológico, dando tras el hecho su razón intrínseca o sujetiva; explicando el por qué de tal o cual acto; disipando a esta luz las aparentes contradicciones de su protagonista que tal vez en dos momentos sucesivos obró contradictoriamente, según su espíritu estuvo afectado de dos contrarias *disposiciones;* señalando la razón de ciertos actos extraordinarios, inexplicables según el curso común y lógico de los hechos

Esta suerte de biografía es mucho más perfecta que la anterior; en primer lugar, porque la abraza y completa; en segundo lugar, porque resuelve muchas dificultades y antinomias, antinomias y dificultades del corazón humano, donde tienen origen; y, finalmente, porque nos ofrece un retrato mucho más expresivo, completo e individual del personaje, distinguiéndole de otros personajes de vida y hechos exteriormente análogos.

Sin embargo, el modo más perfecto de hacer una biografía no es ninguno de los dos apuntados, aunque ambos sean necesarios. A un personaje se le describe fiel y cabalmente, cuando, a la par que se describen sus hechos externos e internos, se señalan los lazos que le unieron a la sociedad en que vivió y se desarrollaron sus energías; su influencia más o menos pronunciada, más o menos eficaz en el espíritu y tendencias de la misma so-

ciedad; el aspecto y grado en que se verificó este influjo, pues es casi imposible que un solo hombre pueda influir en todos los órdenes y manifestaciones de la sociedad; el concepto que de él se formaron sus coetáneos, y el que se ha formado la posteridad; en una palabra, el papel que representa en el cuadro de la época en que vivió.

Pero hoc opus, hic labor. Para trazar la biografía externa se requiere más tiempo que ingenio, más paciencia que conocimientos, más espíritu analítico que sintético, más vista de zahorí que de águila. Para trazar la biografía *interna* se necesita, además de lo dicho, mucha observación psicológica, *mucha y buena* lógica, mucho conocimiento del corazón humano; más para biografiar a un personaje bajo el último aspecto, se necesita una amplia base de estudios históricos y sociológicos, buen caudal de espíritu crítico, etc., etc., sin que falten, por supuesto, ninguno de los requisitos que reclaman los dos primeros métodos o sistemas.

Supuestas estas exigencias hay que evitar algunos escollos en que se suele con frecuencia tropezar: el *panegirismo*, guardándose de poner al personaje, sin razones suficientes, sobre todo lo bueno de su época y sociedad, por el prurito de escribir algo grande y ruidoso, a guisa de predicador rural que se esfuerza en poner sobre toda la corte celestial al santo cuyo panegírico predica; y la *exageración* o empeño de encontrar relaciones donde no las hay; de buscar orígenes y razones que en nada influyeron en su vida y desarrollo; de señalar efectos a que nada contribuyó su actividad

Estos escollos son tanto más frecuentes y peligrosos, cuanto el personaje descrito es, en realidad, más grande, mas genial y afamado; porque entonces se le hace ser lo que no fué, y decir lo que ni pasó por su pensamiento, y se le atribuyen cualidades, cuya posesión ni él mismo sospechó; se le procura, en una palabra, hacer *tipo-modelo* en todo.

*
* *

A *Cervantes*, con ser un personaje tan extraordinario y popular, apenas se le ha estudiado, (hasta estos últimos tiempos) bajo el primer aspecto, y hoy es el día en que, después de tan extraordinarios esfuerzos de los modernos cervantófilos, todavía se notan en su vida frecuentes vacíos, *hechos* con marcado carácter legendario, narraciones poco fundadas.

Bajo el segundo aspecto se le ha estudiado menos, y ha sido necesario que llegara el XIX y se levantara esa nutrida legión de modernos literatos, amantes del gran Literato, para que se hiciera algo de luz en aquella alma real, para que se mostrasen patentes las evoluciones de su genial personalidad. Y eso que ningún escritor trató de reproducirse en sus obras más intencionada y cabalmente, que Cervantes en las suyas. Y sin embargo; ¿quién, hasta estos últimos tiempos, trató de formar o reconstruír, si vale el término, el espíritu de Cervantes, acudiendo como a fuente y archivo principal, a sus mismos escritos «en cada una de cuyas frases vive y late el alma de Cervantes». (M. P.), singularmente al Quijote, obra en la cual su autor vació todo su ser, y en que mostró quién era como tipo religioso, civil, científico y artista? Pues del tercer modo de biografiarle tampoco, hasta nuestros días, se ha hecho cosa de fundamento, y fué menester que se alzaran un Menéndez y Pelayo y un Rodríguez Marín con todo el séquito de su Escuela, para que nos dieran a conocer los orígenes, formación, desarrollo e influjo del gran Novelista.

Tratando de estudiar a Cervantes desde este último punto de vista, se ha tropezado en el escollo del *panegirismo,* proclamándole muchos *fetichistas* cervantescos tipo-modelo en todo. Se le ha estudiado como teólogo, sacando por conclusión que en Teología puede muy bien hombrear con los Sotos y con cualquier doctor salmanticense; se le ha estudiado como filósofo, en nada inferior

a Vives o a Suárez; se le ha estudiado como geógrafo, y poco ha faltado para ponerle sobre el mismísimo Colón: se le ha estudiado como médico, capaz de competir con un Laguna; se le ha estudiado como poeta, igual, si no superior, a Herrera y a Fr. Luis de León; se le ha estudiado como político y a su lado nada resaltan las figuras de Carlos V y de Felipe II; se le ha estudiado, finalmente, como tipo religioso, y gracias que no ha salido de esas fantásticas cabezas transformado en un San Pedro de Alcántara o en un Santo Tomás de Villanueva

Este fetichismo cervantista en nada engrandece a Cervantes; antes tanto le perjudica todo pecado por carta de más como por carta de menos. Por de pronto, a priori podemos decir que todas esas ponderaciones son evidentemente falsas, aún sin haber leído las elucubraciones de estos tales, porque siendo el ingenio humano de suyo muy limitado, es imposible que en todas las manifestaciones sea *sumo*, habiendo, como prueba Balmes (la Asamblea de los sabios Criterio) manifestaciones contrarias y casi irreconciliables en un mismo sujeto. Además, por empeñarse en hacerle *sumo* en todo, se olvida o descuida su gloria principal; porque desde el momento en que v. gr., se quiere ver en el Quijote un Diccionario Enciclopédico de todas las ciencias y artes, además de demostrar, quien tal pretende, su falta de *sentido* estético, menoscaba el mérito real de la gran Novela, mérito que consiste principalmente en la frescura, claridad, ingenuidad y belleza artística de la forma; ya que los partidarios del enciclopedismo cervantesco tienen necesidad de recurrir, para lograr su intento, a mil símbolos, enigmas, alegorías y aforismos, muy ajenos del genio desenfadado y transparente de Cervantes.

No; no agrandemos ilegítimamente la figura del gran Genio, que sobrado grande y divina es por sí, para que necesite de adoraciones y ponderaciones vanas y fetichistas. Hablemos clara y desapasionadamente.

Cervantes, como personaje externo o meramente histórico del siglo XVI, no fué una figura de primer orden.

En su agitada y poco venturosa vida fué más «versado en desdichas» que en *celebrados* hechos. Sus actos religiosos, si bien fueron los de un fervoroso católico, no empero, a lo menos habitualmente, los de un héroe de la santidad; sus actos civiles, si bien siempre honrados y muchos de ellos gloriosísimos, apenas brillaron a los ojos de sus compatriotas; sus actos de artista fueron consumados, pero no comprendidos, pudiendo decirse muy bien con Aribau «que pasó por este mundo como un peregrino cuya lengua es desconocida».

Como personaje interno o psicológico me atrevo a afirmar que es el tipo más *completo* y castizo de la sociedad clásico-española: valiente, hidalgo, honrado, religioso, ferviente patriota, amante de las letras, de las artes y de las armas, ávido de gloria y de fama eterna. Pero estas gloriosas dotes, ni las poseyó *todas* en *sumo* grado, ni fueron debidamente apreciadas por sus contemporáneos, sino por la posteridad.

Como personaje influyente en la sociedad en que vivió, es decir, como figura *real* y viviente del cuadro de su época, Cervantes *sobresale* por un solo aspecto, por el aspecto artístico. Ahí sí, Cervantes es maestro, es bandera, es reformador, es el Príncipe de los ingenios españoles, es un personaje sumo, providencial, único. Pero esta influencia y preeminencia *reales* tampoco fueron reconocidas ni mucho menos admiradas por sus coetáneos, sino por las generaciones posteriores.

He aquí trazada en rasgos generales la verdadera figura de Cervantes en su triple aspecto.

Ahora bien, ¿de qué manera hemos de considerarle en el presente estudio? Tenemos ya una idea general y bastante clara de la época cervantesca bajo todas sus manifestaciones. Esto me facilita el inmenso trabajo de considerarle bajo el tercer aspecto, y como tal le estudiaré con toda la brevedad y restricción que exige este género de composiciones. El orden que he de seguir en esta segunda parte responderá al adoptado en la primera, y en consecuencia le consideraré bajo la cuádruple manifestación

que he reseñado al tratar de la sociedad del siglo de oro español:

1.° Cervantes religioso-moral; 2.° Cervantes político-civil; 3.° Cervantes científico; 4.° Cervantes artista.

Para formar este retrato no encuentro colores y rasgos más expresivos que los contenidos en sus mismos libros; porque si, como dijo Buffón, «el estilo es el hombre», con más razón lo serán sus ideas y sentimientos; y si, en frase de Cervantes, «la pluma es la lengua del alma», conocidos los rasgos de la su pluma, adivinaremos los de su alma; y si Fr. Luis de León no halló mejor retrato de Sta. Teresa que sus hijas y sus libros, tampoco nosotros hallaremos mejor retrato de Cervantes que sus libros, hijos suyos muy legítimos, sobre todo el Quijote, en el cual propuso retratarse a sí mismo de cuerpo entero. Con todo me aprovecharé también de algunos datos biográficos más característico y mejor comprobados.

A los cuatro puntos propuestos añadiré, a modo de resumen, otros dos, que vienen a ser como un doble marco, bien desemejante por cierto de la gran figura:

5.° El Cervantes de la Epoca; 6.° el Cervantes de la fama.

I

Cervantes religioso-moral

Hemos visto el espíritu religioso que dominaba en la España del siglo de oro, patrimonio, no de unos pocos ni de sólo curas y frailes, sino de toda la Nación. Pretender trazar un cuadro exclusivamente profano de aquella España, es vano empeño e inútil pretensión. Preciso es convenir y confesar que si la herejía (que, al fin, brota de la religión, la supone y en ella hace hincapié) fué planta exótica y ráfaga pasajera en España, como lo ha demostrado el autor de los Heterodoxos Españoles, la irreligión

fué en el siglo XVI totalmente desconocida, y para los hombres de aquella edad hubiera sido incomprensible un hombre sin *alguna* religión. Hemos visto así mismo que la religión señoreaba en todos los elementos de aquella sociedad: en los sabios y en los ignorantes; en los personajes públicos y en las personas privadas; en la literatura y en las instituciones; en su grande medio y extraordinario; que era, en una palabra, religiosa la atmósfera que entonces se respiraba.

Viniendo, pues, al mundo nuestro Héroe en esta época eminentemente religiosa, no pudo menos de compenetrarse del espíritu e ideas dominantes, y siendo las ideas religiosas las que más profunda e indeleblemente se graban y arraigan en el alma, natural es que Cervantes, amamantado con este espíritu e ideas, en un medio del todo propicio, dotado de un alma buena y noble y, por ende, religiosa, se dejara influír hondamente de la religión, como, en realidad, así sucedió. Y tan profundas raíces había echado la religión en su espíritu, que todas las agitaciones de su vida aventurera y azarosa no sólo no lograron conmoverla, sino que contribuyeron a arraigarla más y más, dando por fruto aquellos actos heroicos que nos cuentan sus biografías. Ni sus geniales talentos hicieron zozobrar poco ni mucho sus ideales religiosos; antes, cumpliéndose en él a la letra el aforismo baconiano «que la mucha ciencia lleva a Dios y la poca aparta de él», el genio se abrazó estrechamente con la religión, siendo de ello muestra y argumento irrefragable las frecuentes y hermosísimas ideas religiosas que, vestidas con toda la elegancia y esplendor de una forma inimitable, se hallan esparcidas en sus inmortales libros.

Pero dejémonos de generalidades y descendamos a las pruebas. De su biografía escogeré sólo algunas manifestaciones religiosas más salientes, esperando que él mismo se nos describa con su propio pincel.

Cervantes en Lepanto

Fué aquella una jornada de carácter *casi* exclusivamente religioso Convocada y organizada por S. Pío V, auxiliada por las plegarias de toda la cristiandad, dirigida y acaudillada por un personaje religiosísimo, en cuya Capitana tremolaba la bandera del Crucificado, no hay duda que los mismos soldados iban guiados e inspirados principalmente por un ideal religioso. Así lo prueba la ferviente arenga que les dirigiera Don Juan de Austria, reproducida en la primera parte Por lo que toca a Cervantes, hay un testimonio irrecusable que la Historia ha conservado cuidadosamente en sus páginas.

Era el 7 de Octubre de 1571 cuando las dos armadas mas horriblemente enemigas que han surcado los mares se atacaron y chocaron en las aguas de Lepanto. La Cruz y la Media Luna se disputaban el imperio del mundo. Cervantes yacía enfermo de calenturas a bordo de la «Marquesa». Instado por el Capitán y por sus camaradas de armas a que, retirándose debajo de cubierta, evitara entrar en la tremenda lid, él, no dando oídos más que a su denuedo y valor y a las voces de la religión, rehusó obedecer, despidiéndoles con aquellas palabras dignas de un hijo de San Fernando: «que más quería morir peleando por su Dios y por su Rey, que su salud; que le pusieran en la parte y lugar más peligrosos, y allí estaría y moriría peleando». El Genio se sacrificaba a la Religión y al honor, ávido de ideales mas grandes y generosos, que los que suelen sustentar la ambición del común de los mortales. Fuéle otorgada la petición Luchó como un héroe al mando de doce soldados que a su valor se confiaron; perdió en la demanda un brazo y recibió dos arcabuzasos en el pecho, cubriéndose de gloria en aquella acción, «la más prodigiosa que vieron los siglos pasados y presentes y esperan ver los venideros». Jamás se arrepintió de su heroica resolución. «Si me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme

hallado en aquella acción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ellas».

Dejemos otras manifestaciones menos relevantes de su espíritu religioso; pasemos por alto los rasgos de caridad y piedad realizados en las mazmorras de Argel, donde, entre otras ocupaciones, se entretenía en «sacar coplas a la Virgen»; hagamos caso omiso del entusiasmo en que desfogara su alma en la Velada religioso literaria celebrada con motivo de la Beatificación de la Madre Teresa de Jesús, en cuyo honor compuso un canto cuyas notas parecen arrancadas a la lira, ya dormida, del gran Horacio Cristiano; y pasemos a los últimos años de su existencia, que nos darán la nota final, el sello definitivo de su ser religioso. Corría el año 1609 y el sexagésimo segundo de la vida de Cervantes, cuando, ya maduro para los grandes sacrificios, determinó hacerse y se hizo Esclavo del Santísimo Sacramento y Terciario franciscano. «Cervantes, dicen Navarro y Ledesma, era Esclavo del Santísimo Sacramento y lo era por su gusto, y quizá también por gratitud y amistad a los Padres Trinitarios, sus redentores en Argel». En el libro de Asientos de la Cofradía se lee que Cervantes era entre los 400 hermanos, uno de los tres que se distinguieron por su asiduidad a los actos religiosos. A 10 de Enero de 1613, previa información de su vida y costumbres, profesó simplemente en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, en el templo del mismo nombre de su ciudad natal de Alcalá de Henares, y el día 2 de Abril de 1616 hizo su profesión solemne en la misma Tercera Orden. Por último, aquejado del mal de hydropesía, el mismo año de 1616 despedíase de esta vida con aquellas bellísimas frases: «Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo y deseando veros presto contento en la otra vida». «En 23 de Abril de 1616 murió Miguel de Cervantes Saavedra, calle de León. Recibió los Santísimos Sacramentos de manos del Licenciado Francisco López: mandóse enterrar en las Monjas Trinitarias; mandó dos misas de alma, y las de-

más a voluntad de su mujer.» (Partida de defunción de Cervantes.—Espasa). He aquí los rasgos religiosos más notables que nos proporciona su biografía. Oigámosle ahora a él hablando y describiéndose a sí mismo por boca de los personajes que entran en sus comedias y novelas, señaladamente por boca del héroe de su gran Novela. No olvidemos que la pluma es la lengua del alma, y que el alma de Cervantes vive y late en cada frase de sus obras, singularmente en el Quijote, del cual me serviré principal y casi exclusivamente para delinear la figura del gran Genio.

*
* *

Ante todo y por vía de observación previa cúmpleme hacer una advertencia general y es: «que, entre tantos y tantos personajes como obran y hablan en sus composiciones, no se encuentra un solo tipo irreligioso, ni inmoral *impune*, ni menos recomendado, ni una sola frase que pueda escandalizar al más rígido moralista». Ya nos lo dice él en el prólogo a las Novelas Ejemplares: «Una cosa me atreveré a decirte (oh lector): que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida». «Los requiebros amorosos que en algunas hallarás son tan honestos y tan medidos con la razón y discurso cristiano, que no podrán mover a mal pensamiento al descuidado o cuidadoso que las leyere». Y en la Historia del Ingenioso Hidalgo: «en ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos católico».

Hecha esta observación previa y general, vengamos al examen del Libro que ha de ser a la vez archivo y paleta de cuanto se ha de decir y describir en el curso de este estudio.

Si hemos estudiado bien a Don Quijote habremos advertido en él dos personalidades totalmente opuestas, cada una de las cuales tiende a un fin opuesto, pretendido muy intencionadamente por el autor: el D. Quijote *loco* y *ridículo*, por el cual Cervantes pretendió ridiculizar y desterrar «los malditos libros de caballerías»; y el Ingenioso Hidalgo, tipo *sublime*, en quien trazó el retrato de un Caballero y de una literatura modelos. Que al escribir su Obra pretendió Cervantes no sólo destruir una mala literatura, sino también fundar otra buena del mismo género, nos lo dice él mismo con palabras terminantes, en textos que luego he de trasladar larga y tendidamente.

En el protagonista de la Novela nos presenta Cervantes un personaje sumamente religioso, moral y moralizador, en el cual personifica la idea que él se había formado del Caballero cristiano. El Ingenioso Hidalgo desempeña una misión *divina*, necesaria y altamente providencial. «Paréceme— le dice Vivaldo, uno de los acompañantes del difunto Crisóstomo— que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí, que la de los frailes cartujos no es tan estrecha» —«Tan estrecha bien podía ser, respóndele nuestro Hidalgo, pero tan necesaria en el mundo, no estoy a dos dedos de ponerlo en duda Porque sí va a decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndolo con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol y de los erizados hielos del invierno Así que somos *ministros* de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia». (Cap. 13-1.ª parte). Se creía profetizado, no por algún vidente de Israel, sino por el encantador Frestón, gran enemigo suyo, que le

tenía ojeriza porque sabía tenía de venir, andando el tiempo, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorecía... «pero mal puede él contradecir y evitar lo que por el *cielo* está ordenado».

El *fin* de su caballeresca vida no es tanto la conquista de gloria temporal como de gloria eterna. Después de contar las hazañas de varios héroes históricos, añade: «Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros, más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestiales, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza, la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo que tiene su fin señalado. Así oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos».

En sus valientes encuentros con los desalmados gigantes, vestiglos, endriagos, follones y malandrines, no deja de encomendarse a Dios; que aunque generalmente no le invoca de palabra, «no ha de entenderse que deja de encomendarse a él en el discurso de la obra». (Cap. 13, 1.ª p.) Encarga a Sancho que encomiende a Dios el feliz éxito de sus aventuras.

A los ministros de la Iglesia profesa profundo respeto. «Suplico a vuestra merced—le dice uno de los *enlutados*, vencido y derribado por el valor de su brazo—si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy *licenciado* y tengo las primeras órdenes». Después de algunos dimes y diretes con el señor licenciado, y pasado ya el primer calor de la ira de D. Quijote, siente el noble Hidalgo que le remuerde la conciencia y vuelto a Sancho, le dice: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado, por haber puesto las manos en cosa sagrada, juxta illud: si quis suadente diabolo, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino

este lanzón; cuanto más que no pensé yo que ofendía a sacerdotes, ni a cosa de la Iglesia a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, etc.»

Quiere que se impriman y propaguen los libros buenos. Curioseando en una de las bibliotecas de Barcelona, dió con un libro intitulado «Luz del alma», y en viéndole, dijo: «Estos libros, aunque hay muchos de este género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados».

De su boca fluyen sentencias y consejos religiosos y morales, que no parece sino que por él habla algún Santo Padre, sea en loor de la virtud, sea en aborrecimiento del vicio. «Sólo aquellos merecen ser grandes e ilustres, que lo muestran en la virtud.—La virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos.—La verdadera nobleza consiste en la virtud.—No hay candados, guardas ni cerraduras, que mejor guarden a una doncella, que el recato propio.—Letras sin virtud son perlas en muladar, etc.

Sabe distinguir perfectamente el lado virtuoso y vicioso de los fenómenos dobles. «Advierte Sancho, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo.»—(Cap. 58-2 p.) Da a Sancho religiosísimos consejos para el buen gobierno de su ínsula, que más adelante insertaré.

Truena contra los vicios: «Hemos de matar en los gigantes a la soberbia, a la envidia en la generosidad y buen pecho; a la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las oca-

siones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros». (Cap. VIII, 1.ª P.)

No sé qué ojeriza tan declarada tiene a los *adivinos, agoreros y hechiceros*, plaga, al parecer, bastante numerosa en la España clásica.

«Esto que el vulgo suele llamar agüeros, que no se fundan sobre razón natural alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese a su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele a él la melancolía por el corazón, como si estuviese obligada la natureleza a dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El hombre discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo». (Cap 58, 2.ª p.) Y refiriéndose al mono del maese Pedro: «Siendo esto así (que sólo Dios puede saber ciertamente lo futuro) como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo, ni alzan, ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias. que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó a uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió: que la perrica se empreñaría y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las

once y doce del día o de la noche y que fuese en Lunes o Sábado Y lo que sucedió fué que de allí a dos días se murió la perrica de ahita y el señor levant dor quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos o los más levantadores». «Bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad como algunos simples piensan, que es libre nuestro albedrío y no hay yerba ni encanto que lo fuerce... Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas mixturas y venenos con que vuelven locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, imposible forzar la voluntad». (Cap 22, 2.ª p.) Y en el penúltimo capítulo de la 2.ª parte da el último golpe a ese descabellado abuso, con aquella hermosísima escena dialogada entre el amo y el escudero. No nos duelan las largas citas que todo es *miel sobre hojuelas.*

«A la entrada de su pueblo vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro: No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida.—Oyóle Don Quijote y dijo a Sancho: ¿No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho a dicho?—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho?—¿Qué? replicó Don Quijote. ¿No ves tú que, aplicando aquella palabra a mi intención, quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea? Quería responder Sancho cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino a recoger y agazapar debajo de los pies del rucio Cogióla Sancho a mano salva y presentósela a Don Quijote, el cual estaba diciendo: Malum signum, malum signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho; presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los ma andrines encantadores que la transformaron en labradora. Ella huye, yo

la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre y al uno de ellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho «no la verás más en tu vida» que él había tomado al otro muchacho una caja de grillos, la cual no pensaba volvérsela en todos los días de su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera y dióselos al muchacho por la jaula y púsosela en las manos a Don Quijote, diciendo: He aquí, señor, rotos y desbaratados estos agüeros, que no tienen nada que ver con nuestros sucesos, según yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño Y si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros»

De intento he insertado los precedentes textos en toda su extensión, no sólo para sabrorear la dulcísima miel de la prosa cervantesca, sino también y principalmente para realzar la figura religioso-moral de Cervantes, que tan gallarda como aguda y jocosamente acertó a poner en la picota de su sátira las perniciosas prácticas de la brujería, que tantos males podían acarrear a la religión y a la sociedad.

Por fin Don Quijote llega al término de su vida. Nadie ignora su cristiana muerte, ya iluminado por Dios y persuadido de la locura de los «malditos libros de caballerías» «Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite; ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres».

El segundo personaje de la novela, *Sancho*, también es un tipo religioso Sancho es «un cristiano viejo que cree firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y crea la santa Iglesia, dispuesto a ir antes Sancho al cielo que gobernador al infierno». En su boca

menudean, entre los infinitos refranes de todo género y argumento, los religiosos, y hasta se atreve a apuntar de cuando en cuando a su amo ciertos consejos y reflexiones muy morales, con no ser como el *tólogo* y predicador.

Zoraida es tipo del infiel convertido a la verdadera religión, mediante la intercesión de Lela Marien.

Qué si hasta la misma Maritornes, la desenvuelta moza de la venta, no deja de tener «sus sombras y dejos de cristiana», como lo mostró en la caridad que usó con el manteado y aporreado Sancho; si hasta el mismo moro Cide Hamete Benengeli aparece influído de principios cristianos: «Oh pobreza, pobreza! No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés a llamarte dadiva santa desagradecida; yo, aunque moro, bien sé por la comunicación que he tenido con cristianos que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza»...

Marcela y Dorotea personifican la mujer honrada, honesta, respetada y engrandecida.

En el coloquio de Ambrosio y Lotario abundan los rasgos y enseñanzas morales, tan viva y magistralmente expuestos, que la novela del Curioso impertinente, en los puntos que toca, vale por un *libro de moral.*

* * *

Pero la obra religiosa-moral por excelencia de Cervantes, que le acredita no sólo de moral, sino de moralizador y reformador de la sociedad, fué su decidido empeño en desterrar la *degenerada* literatura caballeresca, literatura fútil, ridícula, fantástica, disparatada, peligrosa, frecuentemente inmoral, buena tan sólo para crear locas fantasías y espíritus exaltados; «invención, dice cándidamente Ribera, con que el demonio ha echado a perder muchas almas recogidas y honestas, porque en casa a donde no se da entrada a mujeres perdidas y destruidoras de la

castidad, hartas veces no se niega a estos libros que hombres vanos con alguna agudeza de entendimiento y con mala voluntad han compuesto para dar armas al enemigo nuestro, y suelen hacer disimuladamente el mal que aquellas ayudadoras de Satanás por ventura no hicieran».

Este fin moral, el de asestar un golpe mortal y dar sepultura a esa plaga de la sociedad que corrompía e infatuaba tantos espíritus, le pretendió Cervantes primaria y directamente y a él subordinó el fin artístico de la obra. Y no se contentó con hacer obra de destrucción de un género literario decadente sino que pretendió formar otro, o mejor dicho, reducir a su primitivo ser esta misma degradada literatura

Como este es el rasgo principal de la figura religioso-moral de Cervantes, quiero trasladar por extenso todos o los más de los textos que clara y expresamente se enderezan a este fin. Serán además, riquísimas perlas engastadas en el bajo metal de este deslustrado estudio.

En el cap. 49 de la 1.ª parte, increpa el *canónigo* a Don Quijote, haciéndole ver cuán frívolos y disparatados eran los libros de caballerías tal como entonces se estilaban.

«Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuesa merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga a creer que va encantado con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? ¿Y como es posible que haya entendimiento humano que se dé a entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félix Marte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tanta sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres

valientes, y, finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen?

De mí se decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad me dan algún contento. Pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared y aun diera con él en el fuego, si cerca o presente le tuviera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, como a quien da ocasión que el vulgo ignorante venga a creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen...

Y aun tienen tanto atrevimiento que se atreven a turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa de ver bien por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido a términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae o lleva algún león o algún tigre de lugar en lugar para ganar con él, dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzcase al gremio de la discreción y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle empleando el felicísimo ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra.

Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes.

Un Viriato tuvo Lusitania; un Cesar, Roma; un Aníbal, Cartago; un Conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci-Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un Don Manuel de León Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los más altos ingenios que la leyeron. Esta sí será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don

Quijote, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía. Y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen.

«Verdaderamente, señor cura, (habla el mismo canónigo, dirigiéndose al señor cura. cap. 47 1.ª p.) yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cuál más cuál menos, todos ellos son una misma cosa y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleitar, y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates; que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno.

Pues, ¿qué hermosura puede haber o que proporción de partes con el todo y del todo con las partes, en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchilada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y que cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal

caballero alcanzó la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo.

Pues qué diremos de la facilidad con que una reina o emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero?

¿Qué ingenio, si no es del todo bárbaro e inculto, podrá contentarse leyendo que una torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del preste Juan de las Indias o en otras que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si a esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderles habría yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo hacedero y posible.

Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas. Y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parecen que llevan intención de formar una quimera o un monstruo, que de hacer una figura proporcionada.

Fuera de esto, son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como a gente inútil.»

«Bendito sea el cielo (dice a Don Quijote el caballero del verde gabán), que con esa historia que vuestra merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las *buenas costumbres* y tan perjuicio y descrédito de las buenas historias »

Y termina la segunda parte dando el golpe de gracia a los libros de caballerías y regocijándose del feliz éxito de su empresa.

«No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna.»

No he querido subrayar las frases, cláu-ulas o períodos de las precedentes citas en que se muestra claramente el *doble y opuesto* fin del Quijote, según arriba queda apuntado, y el caudal de diversos y sabrosos conocimientos de que hace gala Cervantes, porque, a más de estar patentes a la simple vista, sería cosa de subrayarlas todas. De su parecer respecto de los libros de caballerías, mirados como obras *literarias*, diré más adelante.

Resumiendo: Cervantes como tipo religioso-moral, sujetivamente considerado, merece ser contado entre los *buenos* de la sociedad en que vivió. Su personalidad religiosa, si bien no es la de un Cisneros o la de un San Pedro de Alcántara, resalta notablemente, y su vida no carece de rasgos heroicos, como son los que quedan extractados.

Como tipo *moralizador* merece honroso puesto entre los reformadores sociales del siglo de oro español. Su obra, por lo mismo que es más artística, más sugestiva, más popular que la generalidad de los libros buenos, hubo de producir más rápidos y satisfactorios resultados.

II

Cervantes político-civil

Tomo estos calificativos en su acepción más elástica, como los he tomado en la primera parte de este estudio, y comprendo por ellos el espíritu patriótico, honrado, noble y heroico de Cervantes.

Cuando decía, no ha mucho, que «Cervantes, como personaje interno o psicológico, me parecía el tipo más completo y castizo de la sociedad clásico-española», me refería *principalmente* al espíritu de honor, nota característica de la España del siglo XVI, y asimismo nota característica de la personalidad de nuestro Héroe. A Cervantes, tanto o mas que a cualquier hidalgo de su tiempo, le devoraba una sed ardiente de honra por medio de gloriosas acciones, en cuya conquista no dejaba pasar ocasión alguna propicia, ni reparaba en los medios, por arduos que pareciesen, como fuesen lícitos, hasta el sacrificio de la hacienda y de la vida; y si la pícara suerte, o mejor dicho, el rigor de las des-dichas que, como genio maligno, le perseguía por do quiera, le impidió llegar a la cumbre de la fama, a lo menos a los ojos de sus contemporáneos, su noble y honrada ambición no aspiraba a menos que a ornarse con la aureola que circundaba las sienes de un Colón, de un Hernán Cortés, de un Gran Capitán, de un Lope de Vega... Honor, nobleza, grandeza de alma, vehemente anhelo de vivir eternamente en las lenguas de la fama respiran su vida y sus obras y no parece sino que el blanco de una gloriosa posteridad era el aguijón que a todo lo grande le impelía.

El honor ocupaba en su alma el primer asiento después de la religión. Su vida y sus obras lo demuestran.

Acudamos primeramente a su biografía.

*
* *

Siendo entonces la guerra, como lo ha sido siempre, el gran campo del honor, no halló Cervantes, joven aun, mejor medio que las armas para satisfacer sus honrados ensueños. Esto explica la resolución que le impulsó a cambiar la pluma por la espada, resolución que le condujo a las campañas terrestres de Portugal, de Italia y de Africa, y a las expediciones navales de Lepanto y de las Islas Terceras. Si quisiéramos testimonios fehacientes de este espíritu de honor, que, sin perjuicio del ideal religioso, le movía a estas bélicas acciones, los hallaríamos sin salir del Libro, base del presente estudio.

Motejado por el autor tordesillesco de viejo y manco, como si esta vejez y mutilación corporal redundaran en baldón y afrenta del autor de la primera parte del Quijote, respóndele con noble acento: «Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga. Y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza».

El discurso del ingenioso Hidalgo sobre las armas y las letras da mucha luz sobre la disposición de ánimo que en este punto afectaba a Cervantes.

Pero no nos adelantemos a espigar en su Obra; atengámonos primero a su biografía, de la cual tomaré un hecho solamente, pero éste tal, que da de él la idea de un héroe, tan grande como los que han llenado el mundo con la fama de su nombre. Me refiero a su cautiverio en Argel, ocasión en que la honrada y heroica figura de Cervantes aperece en su período culminante.

Pasando de Italia a España el año de 1575 en la galera Sol fué sorprendido, juntamente con el resto de la tripulación, por tres bajeles de corsarios turcos, que, declarándole cautivo, le condujeron a Argel donde le encerraron en uno de los *baños* destinados al efecto. Los sinsabores, las penalidades que allí padeció, y los mil riesgos que corrió su vida en los cinco años que duró la cruel prisión no son para descritos en este lugar. «En el baño dió ejemplo de virtudes extraordinarias, de una fortaleza de ánimo y de una constancia y sagacidad más propias de la leyenda que de una verdadera y rigurosa historia. Dedicóse a ayudar a sus compañeros de infortunio; ideó mil estratagemas para conseguir la libertad de todos; animó a los pusilánimes y arrostró toda especie de riesgos con tal de conseguir sus aspiraciones», dícennos sus biógrafos.

A los pocos meses de cautiverio intentó fugarse con otros compañeros que a su valor y pericia se confiaron. Hechas las diligencias necesarias para el buen éxito de la empresa, faltóles la buena fe del guía encargado de ponerles en salvo, el cual, denunciándolos, fué causa de que perecieran casi todos, quedando entre los salvos Cervantes, como objeto de codicia para el renegado Dali Mami.

No se intimidó, empero, nuestro héroe viendo frustrados por vez primera sus intentos. Al poco tiempo quiso probar de nuevo fortuna e intentó otra vez evadirse al frente de 15 cautivos que le habían de acompañar. De nuevo sufre traición y, declarados los culpables, Cervantes, lejos de hurtar el cuerpo al peligro haciendo recaer sobre sus compañeros con alguna ingeniosa habilidad, toda la responsabilidad del acto, preséntase él mismo a los *turcos* con noble resolución, declarándose único autor del conato de evasión. Fué luego llevado ante Azan Bajá, al cual secundó la misma declaración, de ser él el único culpable.

Ni las promesas, ni las amenazas, ni las interrogaciones capciosas lograron quebrantar su ánimo, negándose

tenazmente a señalar cómplice alguno, heroísmo que dejó suspenso y admirado al mismo Bajá.

Por tercera vez proyecta la fuga, y por vez tercera se frustran sus planes. Azan Bajá *respira amenazas* contra los delincuentes; Exarco, favorecedor de Cervantes, intenta conjurar el peligro que a él y a todos amenaza, dispuesto a comprar el rescate a cualquier precio; más el ilustre cautivo vale a la mano y con sin igual serenidad y entereza le dice: «Volveos tranquilo, Exarco, que ningún tormento ni la muerte misma será bastante para que yo descubra a ninguno; decid a los demás que desechen el miedo, porque yo tomo sobre mí todo el peso de este negocio, aunque tengo cierto de morir por ello.» Maravillado de nuevo Azan de tal grandeza de alma, no quiso darle muerte, temeroso de enterrar con su víctima algún secreto referente a la seguridad de su reino.

No paran aquí los heroísmos cervantescos. Viendo cerradas todas las puertas de su libertad personal, medita otro proyecto digno de su grande alma: invita a Felipe II a emprender la conquista de Argel, y, al verse desoído del Monarca, trata de levantarse él mismo en armas, y devolver a España sus perdidas conquistas. Y no eran estas intentonas, utopías forjadas en la calenturienta fantasía de Cervantes sin probabilidad alguna de éxito, cuando hacían exclamar a Azan-Bajá «que como tuviese guardado al *estropeado* español, tenía seguros sus cristianos, bajeles y aún toda ciudad». Sus compañeros de cautiverio le apellidaban «el bienhechor, el maestro y el caballero»; decían de él «que era un hombre distinto de los que se usaban». El P. Haedo nos dice «que de las hazañas de Miguel de Cervantes en el cautiverio, se pudiera hacer una particular historia».

El mismo Cervantes da testimonio de sí en el cap. 39 de la 1.ª p. del Quijote, en que hablando el *cautivo* de las crueldades de su amo, añade: «que sólo libraba bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, jamás le dió

palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por lo menos que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez.» Algo y aun harto debía de traslucirse de su grandeza moral cuando tal imperio ejercía sobre el ánimo del inhumano Bajá.

Lástima que el deseo de ser breve me haya obligado a describir somera y pálidamente esta escena que, pintada con todos los colores que nos suministran los documentos, nos daría la más elevada idea del alma real y heroica de Cervantes.

*
* *

Los *tipos* de las comedias y novelas cervantescas, sobre todo los de la gran Novela, son, por lo general, modelos de honradez.

¿Quién más honrado, quién más noble, quien más generoso que el Ingenioso Hidalgo, en quien Cervantes infundió su mismo honradísimo espíritu?

Al salir Don Quijote por vez primera a cumplir su *divina* y nobilísima misión, iba hablando consigo mismo y decía: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que las escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera?: Apenas el rubicundo Apolo... Y añadió diciendo: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria de lo futuro.» Tiénese por capaz de llevar a cabo las hazañas de los doce pares de Francia. Apaleado por los desalmados yangueses y fisgado por Sancho, respóndele: «Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan». Quejoso Sancho de la malandante caballería de su amo, que había sido incapaz de librarle del *manteamiento*, le consuela Don Quijote con la esperanza de la futura honra: «Calla y

ten paciencia (Sancho), que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿Qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo?»

Los textos de este jaez son infinitos y es, por lo tanto, inútil prolongar las citas sobre este punto.

*
* *

Como ciudadano, como patriota, Cervantes fué intachable y ni sus contemporáneos ni la Historia han podido comprobar la menor infidelidad, villanía o bajeza de ningún género en los cargos y empresas en que tomara parte.

En la guerra se portó, según lo hemos visto en Lepanto, como soldado valiente, fiel, aguerrido, amante de la gloria de su Dios, de su patria y de su rey. Por su Dios y por su rey había luchado en Lepanto, y estos mismos móviles fueron los que le impulsaron a las varias acciones bélicas en que intervino. Sus jefes siempre tuvieron que atestiguar que «Cervantes había hecho cosas por donde merecía que el rey le hiciera merced.»

En los dificilísimos cargos que en la Nación desempeñó, con ser en extremo delicados y con ser cien veces acusado jamás nadie pudo probar contra él la menor infidelidad. Así lo consignó en documentos *públicos* Don Pedro de Isunza, proveedor general de las galeras de España, dando fe públicamente de su lealtad, inocencia y buenos servicios.

Es cierto que tres o cuatro veces fué puesto en la cárcel, pero sólo preventivamente, de la cual y de cuantos cargos le imputaban salió siempre inocente y con honra. El Rey debió de reconocer sin duda su intachable fidelidad cuando le confió una comisión reservada en Orán, y cuando en 23 de Agosto de 1594 le otorgó una real carta de comisión en «vara alta de justicia» para el cobro en

el Nuevo Mundo de ciertas rentas adeudadas a la Corona.

Por lo demás, no hay duda que Cervantes fué mal correspondido de sus contemporáneos; que su vida como muy virtuosa «fué más desestimada de los malos que amada de los buenos»; que su muerte fué pobrísima y sus preciosos restos abandonados y extraviados para no volver probablemente a descubrirse jamás; pero no nos admiremos, que si hubo en Inglaterra un Schakhespeare celebrado y honrado, ya muerto, con un grandioso monumento bajo las bóvedas de Westminster, también hubo en España un Colón y un Gran Capitán abandonados en los últimos años de su existencia, y un O'Higgins y un San Martín en Chile, precisados a morir lejos del campo de sus heroicas hazañas. Es un fenómeno histórico muy frecuentemente repetido: que los grandes hombres, después de haber sembrado sobre sus respectivos pueblos la dicha y la felicidad, vengan a cosechar de él, a la postre, olvido e ingratitud; hasta que, desaparecido ya de la escena de este mundo, se convierta la ingratitud y el desconocimiento en pública aclamación y gloriosa apoteosis.

III

Cervantes científico

No se crea que, al tratar de la ciencia del gran Genio vaya yo a urdir en su honor una leyenda, llevándole de reino en reino y de cátedra en cátedra, adoctrinando a sabios e ignorantes, a grandes y pequeños, a reyes y pueblos, como otro oráculo de Delfos; ni se crea que piense yo poner su nombre como sobresaliente en todos los ramos del humano saber. No; no necesita Cervantes de glorias postizas y fingidas para ser aclamado y admirado de todo el mundo. Mi intento es tan sólo poner de relie-

ve la extensión de los conocimientos, que se muestran en su gran Obra, los cuales, si brillan por lo discretos, doctos y geniales, brillan mucho más por la forma artística de que se hallan revestidos. Cervantes era, sin duda alguna, muy docto, como gran ingenio y gran amigo de todo género de letras El mismo nos dice «que era aficionado a leer aunque fueran los papeles rotos de las calles», y de este amor a la ciencia, y de sus privilegiadas prendas intelectuales, no pudo menos de formarse cierto caudal de diversos conocimientos que si no fueron todos profundos y eminentes, fueron bastante para formar de él un hombre universal y completo.

Al pretender manifestar sus diversos conocimientos no es mi intento discutirlos, examinarlos y criticarlos, sino únicamente hacer de ellos un florilegio, añadiendo de mi propia cuenta algunas observaciones y reflexiones necesarias o convenientes a su justo avaloramiento. Los haré preceder de sus adecuados títulos que encabezarán y clasificarán los diversos *pensamientos*.

*
* *

Pensamientos políticos

Entiendo aquí por pensamientos políticos aquellas ideas sociológicas y jurídicas referentes a las relaciones que deben existir entre la autoridad y el pueblo, entre diversos pueblos, y entre los miembros de la sociedad fundamental (La familia).

1.º Los consejos que proporciona Don Quijote a Sancho para el buen desempeño de su gobierno insular están llenos de buen sentido y dejan rastrear lo que en este punto opinaba Cervantes.

«Primeramente, oh hijo, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, pro-

curando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.

Nunca te guíes por ley de encaje, que suelen tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico. Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo. Si doblares la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

Al que has de castigar con obras no le trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque, aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia. (Cap. 43, 2.ª p.)

«Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho, y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas y, si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es

que si no fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga rey de las ranas, que al principio las espantó y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios.

No seas siempre riguroso, ni siempre blando y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción.

Visita las cárceles, carnicerías y las plazas... (Cap. 51).

2.° Cervantes emite bellísimas ideas sobre la elección de estado.

«Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, quitaríase la elección y jurisdicción a los padres de casar a sus hijos con quienes y cuando *deben;* y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, a su parecer bizarro y entonado, aunque fuere un desbaratado espadachín; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo.

Quiere hacer uno un largo viaje, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercadería que una vez comprada se vuelve, o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida; es un lazo que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle». (Cap. XIX, 2.ª p.)

3.° Sobre la educación de la niñez: «Los hijos son peda-

zos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad»... (Cap. XVI, 2.ª p.)

4.º Sobre los motivos que pueden armar a un pueblo contra otro, dice el Ingenioso Hidalgo:

«Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y hacienda: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta en servicio de su rey en la guerra justa, y si quisiésemos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria». (Cap. XXVII, 2.ª p.)

Pensamientos históricos

Acerca de la Historia da consejos y apunta observaciones breves, pero dignas de grabarse en la mente de todo historiador. Veamos como la conceptuaba.

«También pudieran callarlos (decía Don Quijote a Sansón, refiriéndose a los *infinitos palos* de que hablaba la primera parte de su vida historiada) por equidad, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero».

Así es, replicó Sansón, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador. El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir, no como debían ser

sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna. Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa. (Cap. III 2 p) La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto verdad».

Este principio, el de escribir *toda* la verdad histórica, no era, ni mucho menos, común en su tiempo, como lo prueba el parecer contrario del autor del «Genio de la Historia.» Hoy es la base de la Crítica-histórica.

Pensamientos filosóficos

Quien haya leido atentamente los discursos de ciertos personajes que entran en el Quijote, habrá notado en ellos una sagacidad, vigor y solidez de razonamiento poco común

Verdad es que el brillo de la forma hace como que se trasparenten las ideas filosóficas más profundas, pero eso mismo da más alta idea del ingenio filosófico de Cervantes. Desde este punto de vista puede ser apellidado propagandista o vulgarizador ameno y genial de algunas ideas filosóficas.

El razonamiento de Marcela sobre el amor es el mismo que podría hacer un filósofo de oficio en seco y descarnado ergotismo

«Hizome el cielo hermosa, según vosotros decís (los compañeros de Grisóstomo) y de tal manera que sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis decís y aún queréis que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; más no alcanzo que por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama; y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quiérote por

hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habían de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos: y según he oído yo decir, el verdadero amor no se divide y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís de que me queréis bien? Si no, decidme; si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros por que no me amabais?..... (Cap XIV, 1.ª p)

Dejando, en gracia a la brevedad, otros razonamientos filosóficos más prolijos, recojamos algunas sentencias caídas al desgaire de su pluma genial.

«El amor todas las cosas iguala. Las tristezas no se hicieron para las bestias sino para los hombres, pero los hombres que las sienten demasiado se vuelven bestias. El amor mira con anteojos que hace parecer oro al cobre. La lengua es la pluma del alma».....

Por limitarme al Quijote paso por alto los discursos altamente filosóficos encerrados en las demás novelas y comedias, sobre todo en la Galatéa, en que se muestra conocedor de la teoría platónica sobre el amor.

Pensamientos teológicos

Entreverados con pensamientos filosóficos suelen hallarse razonamientos teológicos tales que obligaron a San ho más de cuatro veces a llamar a su amo «*tólogo* y predicador capaz de andar por esos mundos de Dios con un púlpito en cada dedo.» Entresaquemos algunos, los

menos posibles, para pasar enseguida a otro género de materias más propias del ingenio *lego* de Cervantes.

«No te maravilles de eso, Sancho, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada porque son espíritus; y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas. Y la razón es que como ellos, donde quiera que están, traen el infierno consigo y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos; y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena.» (Cap. XLVII 1.ª p.)

Y dirigiéndose al mozo del rebuzno: «El tomar venganza injusta (que justa no puede ser alguna que lo sea) va derechamente contra la ley santa que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen; mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo y más de carne que de espíritu. Porque Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, que nunca mintió ni pudo, ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla.»

Pensamientos literarios

Hemos llegado al punto fuerte de Cervantes, en el cual no sólo se muestra literato y artista, sino maestro y dogmatizador en el arte literario, por lo cual toca, critica y falla sobre cuestiones de no poco momento.

I.—Sobre la literatura caballeresca

No fué enemigo Cervantes de toda literatura caballeresca, así a carga cerrada, como suele decirse, sino sólo de la extravagante, disparatada e inmoral. Precisamente fué su intento, como se ha dicho, inaugurar una litera-

tura caballeresca modelo. En el famoso *escrutinio* no condena a tontas y a bobas todos los libros de caballerías sin emitir primero su juicio, haciendo selección de algunos de ellos por varios respetos literarios.

Condena a pena de fuego al «Amadis de Grecia», por sus endiabladas y revueltas razones (contra el conceptismo); a «Don Olivante de Laura» y al «Jardín de Flores», por mentirosos, disparatados y arrogantes; a «Florismarte de Hircania», por la dureza y sequedad de su estilo, etc., etc.; manda *empozar* cuantos libros traten de leyendas de Francia; relega al *destierro* a Don Belianis, por su cólera y varias impertinencias; *perdona* a Amadis de Gaula por «ser único en su arte»; a Palmerin de Inglaterra pónele sobre su cabeza y desea «se haga para su custodia otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío»; indulta a Tirante el Blanco, por su excelente estilo y verosimilitud, «aunque merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida». Otorga asimismo perdón a todos los libros de poesía y entendimiento que son sin daño de tercero.

II.—Sobre la poesía

Sobre la poesía estampa ideas dignas de su gran ingenio, algunas de las cuales han pasado a ser casi proverbiales y textos obligados al tratar de esta materia. ¡Cuán amplia y hermosamente concibe la naturaleza, fin y requisitos del arte poética!

«La poesía, señor hidalgo, a mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella. Pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los pala-

cios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hála de tener el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias o en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran.

Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número del vulgo. Y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo.

Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo (del caballero del verde gabán, con quien viene hablando Don Quijote), no estima mucho la poesía de romance, doime a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín porque era griego, ni Virgilio escribió en griego porque era latino. En resolución; todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribiese en su lengua, ni el castellano, ni aún el vizcaino, que escribe en la suya.

Pero vuestro hijo, a lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden a su natural impulso; y aún en esto puede haber yerro, porque según es opinión verdadera, el poeta nace...; quieren decir que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinación que le dió el

cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: Est Deus in nobis, etc.

También digo que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte quiere serlo. La razón es porque el arte no se aventaja a la naturaleza, sino perfecciónala; así que mezcladas la naturaleza y el arte y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta.

Riña vuestra merced a su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones a modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envidia y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que a trueco de decir una malicia, se pondrán a peligro que los destierren a las islas del Ponto. Si el poeta fuere casto en las costumbres, lo será también en sus versos. La pluma es la lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos.

Y cuando los reyes y los príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes». (Cap. XVI, 2.ª p) (1).

(1) No puedo resistir a la tentación de insertar, siquiera sea a manera de nota, un buen trozo poético del «Viaje del Parnaso» (Cap. IV) en que desarrolla esta misma idea aun más linda e inspiradamente.

Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa hermosísima doncella,
Que admiración como alegría pone.
.....
Ella abre los secretos y los cierra
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.

III.—Sobre el teatro

En el capítulo 48 de la 1.ª parte desfogó Cervantes todos sus sentimientos contra el género cómico-dramático dominante en su tiempo.

El párrafo que voy a trasladar se endereza evidentemente contra Lope de Vega y sus imitadores, partidarios de cierta legítima libertad de escuela, que él teóricamen-

---

Mira con más ahinco su presencia,
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.
Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo más puro y la elegancia.
Puede pintar en la mitad del día
La noche y en la noche más oscura
El alba bella que las perlas cría.
El curso de los rios apresura,
Y le detiene; el pecho a furia incita,
Y le reduce luego a más blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da victorias y victorias quita.
Verás como le prestan las florestas
Sus sombras y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas.
Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tibar, Hibla su dulzura,
Galas Milan y Lusitania amores.
En fin, ella es la cifra do se apura
Lo provechoso, honesto y deleitable,
Partes con quien se aumente la ventura.
Es de ingenio tan vivo y admirable
Que a veces toca en punta que suspenden
Por tener no se qué de inescrutable.
Alábanse los buenos y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.
Son sus obras heroicas, inmortales,
Las líricas suaves de manera
Que vuelven en divinas las mortales.
....
Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio, y su bondad indicio.

te rechaza, exagerando al parecer sus excesos, pero que prácticamente y en sus debidos límites acepta, guiado por el certero instinto de su genio de artista. Sin embargo, hay que confesar que tal como Cervantes se explica, no carece de toda razón su dura invectiva.

«En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo,—dijo a esta sazón el cura,—que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona?

¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos que pueden o podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aún si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo?

Y si es que la *imitación es lo principal* que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento, que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pipino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal, le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno a lo otro? Y fundándose la comedia sobre cosa fingida, ¿atribuírle vérdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto no con tra-

zas verosímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables?

Y es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto y que lo demás es buscar gollerías.

Pues qué si venimos a las comedias divinas? ¡Qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aún en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia... que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aún en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa de esto, decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación y divertirla a veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y pues que este se consigue con cualquiera comedia buena o mala, no hay para qué poner leyes ni estrechar a los que las componen y representan a que las hagan como debían hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende.

A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría mucho mejor sin comparación alguna con las comedias buenas que no con las tales; porque de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud... que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea.

Y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar

y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere mucho más que aquella que careciese de ellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa de esto los poetas que las componen, porque algunos hay de ellos que conocen muy bien en lo que yerran y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas e infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente, tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por *querer acomodarse al gusto de los representantes*, no han llegado algunas al punto de la perfección que requieren. (Se refiere, como queda dicho a Lope).

Todos estos inconvenientes cesarían y aun otros más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que *examinase* todas las comedias antes que se representasen, no sólo que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobación, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna.

Y si se diese cargo a otro o a este mismo que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se oscureciesen a la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no sólo de los ociosos sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se puede sustentar sin alguna lícita recreación». (Nueva prueba del *doble fin* del Quijote).

IV.—Sobre las traducciones

«Me parece que traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz».

Otros muchos pensamientos podrían espigarse en Don Quijote sobre medicina, geografía, etc., etc., y especialmente sobre conocimientos *clásicos* de que Cervantes se muestra muy bien informado; pero a más de la brevedad que ya voy infringiendo en la larga extensión de las citas, bastan los citados para acreditar su docto y universal ingenio.

En resolución: Los libros de Cervantes, señaladamente el Quijote, no son tan sólo libros de honesto y deleitoso pasatiempo, sino mineros de enseñanzas de toda suerte, arsenal de observaciones, consejos, reflexiones y lecciones políticas, históricas, filosóficas, etc., etc., dignas de su gran genio.

Cervantes abrazó *extensiva*, no *eminentemente*, todo el saber del gran siglo de oro español Su magisterio, por lo mismo que es el magisterio del arte, es tan útil como popular. Merece, por lo tanto, bien de toda suerte de aficiones científicas.

IV

Cervantes artista

La personalidad artística de Cervantes, lejos de ofrecerse a los ojos del observador, simple y definitiva en todo el curso de su vida, aparece, por el contrario, compleja y fluctuante, compuesta, digámoslo así, de tres personalidades parciales, dos de las cuales podrían llamarse formas transeuntes para llegar a la tercera y definitiva. Sucedió-

le a Cervantes lo que a tantos y tantos ingenios, que, sintiéndose prematuramente con grandes energías mentales y rebosando vida creadora, pero ignorantes del objeto preciso en que deben emplear esa vida y esas energías, se lanzan, permítaseme la frase, con entusiasmo juvenil al primer espejismo que brinda sus ideales, pensando ser aquel el propio y peculiar objeto de sus geniales aspiraciones. Cervantes, antes de afianzarse en su verdadera vocación de novelista, pasó por otras dos etapas, de poeta y de dramaturgo, y si bien en ambas dejó marcada su garra de león (que al fin, el genio imprime su huella doquiera pose su planta), jamás, empero, hubiera pasado a la posteridad como Príncipe de los ingenios españoles, si, relegando a un lugar secundario la poesía y el drama, no hubiera adoptado la Novela como objeto propio y peculiar de su vocación.

Como poeta su nombre hubiera sido menos glorioso que el de los Garcilasos, Herreras, etc; como dramaturgo no hubiera alcanzado la celebridad de un Lope de Vega, de un Tirso de Molina, de un Calderón; sólo como novelista debió pasar y pasó a la posteridad como nombre de bandera, como Príncipe de los ingenios españoles, como figura de primer orden en la literatura mundial.

Sus poesías y comedias, calificadas generalmente de medianas y algunas de ellas consideradas como indignas del autor del Quijote, son prueba incontestable de que Cervantes, al consagrarse a las musas y al teatro, erró su verdadera y providencial vocación.

Deplorable es sin duda este desacierto tan trascendental del gran Genio español. A haber respondido prontamente a su llamamiento, ¿quién duda que, dada su prodigiosa actividad y su vehemente y noble ambición de inmortalizar su nombre, hubiera proporcionado a nuestro gusto y admiración *infinitas* obras que hubieran brotado de su genio creador y de su fecundísima y bien tajada pluma?

Cervantes había nacido para novelista y como novelista le conoce y celebra la literatura universal.

*
* *

Esto supuesto, podría yo limitarme en este estudio a considerarle exclusivamente bajo este último aspecto; más prefiero recorrer, siquiera sea ligeramente, las dos primeras etapas, sacrificándome a la concisión, con tal de no dejar incompleto el retrato de nuestro Héroe.

*
* *

Cervantes poeta

He dicho que Cervantes, como poeta, no sobresalió entre los de su época, ni siquiera igualó a los luminares mayores del arte clásico-español.

Es verdad; pero esto no quiere decir que su poesía sea tan mala y desdichada como buena y afortunada su prosa, según han aventurado algunos semi-críticos, muy amantes de la antitesis y de la paradoja. Su poesía si bien adolece de ciertos defectos propios de la época decadente que alcanzó *(conceptismo*, prolijidad de expresión, excesivo desleimiento de las ideas), está en cambio dotada de algunas perfecciones muy preciadas, (calor de inspiración, colorido de pensamiento, grandiosidad, a veces, de elocución).

Sus versos, en general, son buenos; sonetos tiene en nada inferiores a los de Lope, Góngora y otros contemporáneos suyos.

Citemos un ejemplo para muestra, sacado del Quijote:

Santa amistad, que, con ligeras alas,
Tu apariencia quedándose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo
Subiste alegre a las empireas salas.
Desde allá cuando quieres nos señalas
La justa paz cubierta con un velo,

Por quien a veces se trasluce el celo
De buenas obras que a la fin son malas.
Deja el cielo, oh amistad, o no permitas
Que el engaño se vista tu librea
Con que destruye a la intención sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Pronto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusión primera.

(Cap. XXVII, 1.ª p.)

*
* *

Cervantes dramaturgo

Cervantes comenzó a escribir comedias y dramas *pro pane lucrando*, dícennos sus biógrafos. Esto no impide que las composiciones cervantescas de este género fueran algunas de ellas muy notables, bien acogidas y aun aplaudidas de los espectadores, hasta la entrada en el teatro del «Monstruo de la Naturaleza» que eclipsó la gloria de todos los dramaturgos de su tiempo.

Oigámosle a él mismo dar cuenta de sus éxitos en las «tablas» hasta la hegemonía del gran Lope:

«Se vieron en los teatros de Madrid representar «Los tratos de Argel», que yo compuse; «La destrucción de Numancia» y la «Batalla Naval», donde me atreví a reducir las comedias a tres jornadas de cinco que tenían; mostré, o por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro; con general y gustoso aplauso de los oyentes, compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron, sin que se les hiciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas ni baraundas; tuve otras cosas en que ocuparme, y entró luego el Monstruo de la Naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso

debajo de su jurisdicción a todos los farsantes». Por el texto que acaba de copiarse se deja bien entender que la primacía de Lope fué la causa de que Cervantes abandonara el teatro, no por envidia a su rival, como se lo achacaron a su misma cara los *tordesillescos* y muchos otros admiradores del Fénix de los Ingenios, sino porque, sintiendo centellear en su alma la llama del genio, se creía con razon llamado a ser bandera y caudillo y el primero en *algo* que, sin duda presentía, pero cuyo objeto no sabía a punto fijo. Primeramente se creyó con genio de poeta, y vió que la poesía no satisfacía sus gigantescas aspiraciones; se creyó con genio militar, y vió que la milicia no llenaba los inmensos senos de su noble y honrosa ambición; se creyó con genio de dramaturgo, y vió levantarse en el teatro figuras colosales, que justamente se arrogaban la hegemonía dramática; sólo cuando su genio llegó a la esfera de la Novela se aquietó, avasalló y campeó como rey en sus propios dominios. Cervantes era, sin duda, grande en el drama, como lo era en la moral, como lo era en la milicia, como lo era en las ciencias...; pero en un siglo gigante como aquel, en que le tocó vivir, en que todos los ramos de la humana actividad parecían haber llegado en España a su apogeo, muy grande había de ser quien pretendiese sobresalir en algo. En otro siglo y en otra sociedad y en otras ocasiones o circunstancias distintas de aquellas en que Cervantes hubo de vivir, hubiera sido el primer poeta y el primer dramaturgo y el primer soldado...; pero en el siglo XVI y en España y en las circunstancias desfavorables en que siempre se encontró, no sobresalió más que en una cosa, en la Novela.

*
* *

Cervantes novelista

Para hablar cual conviene de la personalidad artístico-novelista de Cervantes fuera menester que viniera a inspirarme y a guiar mi tosca pluma, no digo el gran

Maestro que se llamó Menéndez y Pelayo, sino el mismo Cervantes; aunque ¿qué digo Cervantes? preciso fuera que gozara yo por el momento de la asistencia de algún sér superior, porque tengo para mí que ni el mismo Genio a quien celebramos, apreció ni pudo apreciar las maravillosas dotes con que el cielo le había enriquecido. Cervantes era un genio de los más eminentes y el genio se desconoce a sí mismo. Obra genialmente, es decir, produce obras geniales; pero decidle que se analice a sí mismo, que os dé razón del mérito intrínseco de su obra, que os explique el proceso gradual de su producción, desde su informe concepto hasta su última y asombrosa perfección; y el genio os responderá que él no analiza sino que sintetiza; que no formó su obra componiendo y dividiendo, discurriendo y ordenando, como la generalidad de los hombres, sino que vió por intuición un ideal y lo reprodujo sencillamente en el papel; os dirá que, sintiéndose bajo la influencia de un furor *numénico* o de un *demonio* platónico, dió a luz su obra, más como instrumento que como agente principal. Preguntad al genio de Balmes y rogadle os defina su naturaleza, y os responderá: «que es una facultad que obra por *inspiración*, a la cual es debido cuanto el mundo admira de más feliz, de más grande y sorprendente». (Criterio, cap. XVI). Interrogad a Platón y os contestará que el «genio es una fuerza divina (θεία δύναμις) que hace divinos a los hombres en quienes obra (ἐνθέους ποιεῖ); no mediante las reglas del arte, sino por cierta enajenación de los sentidos y potencias (οὐκ ἐκ τέχνης,ἀλλα κατεχόμενοι), semejante a los que son víctimas de los trasportes coribánticos (ὡσπερ οἱ κορυβαντιῶντες) los cuales hablan de diversas materias con cierta divina locura (θείᾳ μοίρᾳ) y no de sí propios, sino como instrumentos o intérpretes de los dioses, (ὁ θεὸς ἐξαιρούμενος τούτοων τον νοῦν, τούτοις χρῆται ὑπηρέταις).

Y tal puede haber como Tinico el de Calcidia que sin noción alguna de poética y sin ninguna instrucción escriba un Peau (canto dedicado primitivamente a Apolo)

digno de eterna memoria, el mejor de todos los de su género, un poema «digno hallazgo de las musas» (εὕρημα τι Μουσῶν).

Prescindiendo de esos dioses y diosas de Platón, no hay duda que el genio se constituye en un estado de divina locura, diametralmente opuesta a la locura de hospital, pues esta consiste en el trastorno de las facultades anímicas y privación de la razón y aquella en la elevación de dichas facultades sobre sí mismas, en la cual no tanto obra la razón discursiva como la intuitiva, aquella porción superior del alma que en la lengua de Aristóteles se denomina *nus* (νοῦς), *suprema mens* en la de Cicerón, *pointe de l'esprit* en la de Bossuet, y en la de Cervantes *pura* y *simple inteligencia.*

Tal es el genio, fenómeno singular que resiste a todo examen analítico.

Me atrevo, pues, a segundar mi afirmación: que Cervantes mismo no conoció todo el mérito de su Novela, como tampoco le conocieron sus contemporáneos.

Salió a luz el Quijote y llovieron sobre él a torrentes sátiras y dicterios; el conde de Lemos se negó a aceptar la dedicatoria con que su protegido quería honrarle; Lope de Vega «no comprendió que hubiera hombre tan necio que quisiera leer a Cervantes». Tuvo que salir de España la gran Novela, y salvar todas las fronteras y propagarse por todo el mundo, para que constituída en juez la misma humanidad cuyas aspiraciones allí veía sintetizadas, volviese a él sus ojos, le admirara y le proclamara rey de la novela, genio sorprendente, órgano por el que habla la humanidad entera. Pero es el caso y lo más curioso de este fenómeno que, a pesar de haberse constituído la humanidad en juez y admiradora de esta Obra, tanto la parte indocta como la sabia, y con haber pasado ya tres siglos sobre el tapete, nadie hasta la fecha ha podido dar con el *quid* del misterio de su grandeza, nadie ha podido declararnos a punto fijo *aquello* que la hace acreedora al aplauso universal.

Este secreto ¿es acaso el deleite que todos los gustos y

aficiones hallan en ella, o es lo cómico y chistoso del relato, o la hermosura, limpidez y gallardía de su estilo insuperable, o la profundidad trasparente de las enseñanzas que brotan de sus páginas para todo linaje de hombres y para todos los fines de la vida, o es que vemos simbolizadas en el *prototipo* las aspiraciones del espíritu humano, algo más noble, más sublime, superior a esta esfera en que vivimos y nos movemos; o es el contraste de lo ideal en perpetua lucha con lo real y positivo, o es aquel realismo y naturalismo sano, potente y fascinador del cual podríamos decir, parodiando la frase de Pacheco, «que todos sus cuadros y figuras parecen vivas y todo lo demás pintado»...? quién sabe?... Todas estas excelencias y muchas más se hallan en el Quijote, y todas, sin duda, contribuyeron a su mundial celebridad y aceptación; pero en cual de ellas está el secreto de ese culto universal, o si está en todas juntas, o si hay *algo* que aún no se ha descubierto, es enigma todavía no descifrado.

Sin embargo y a pesar de todas estas insuperables dificultades que rodean a la gran Obra cervantesca, todavía me atreveré a examinarla brevemente, emitiendo sobre sus méritos *intrínsecos* y *extrínsecos* algunas ideas, inspiradas en la misma Obra. Los méritos intrínsecos los reduzco a tres: *idealismo*, *positivismo* y *realismo*.

Idealismo (Don Quijote)

Entiendo por idealismo quijotesco, no aquel remontarse a esferas abstractas, incoloras, yermas, *infinitamente* apartadas del ordinario alcance de las facultades humanas, donde sólo ciernen sus vuelos las águilas, y sólo la vista de águila puede otear sus, al parecer, maravillosas operaciones, quedando el resto de la humanidad condenada a ignorar las fantásticas regiones que esas águilas, ya abatidas, nos describen. Me refiero principalmente al idealismo germánico, cuyas águilas se denominan Hegel,

Fitche, Schelling, etc. No es ese el idealismo a que yo me refiero, porque no es ese el idealismo de Don Quijote.

El idealismo de Don Quijote es un idealismo sui generis, un idealismo que representa el bello y generoso ideal que contempla y a que aspira la humanidad, sin poder jamás verle realizado y encarnado en sí misma; es un idealismo poético, puro, grandioso, lleno de vida y radiante de luz y de color. Nada de prosaico, nada de repugnante, nada de indigno se observa en el Ingenioso Hidalgo. Es Don Quijote un *tipo* religioso en extremo, moral, moralizador y acérrimo defensor de cuanto tiene visos de moralidad y justicia; culto, sabedor de toda suerte de ciencias y artes; discreto, ya aconseje, ya dé su parecer sobre cualquier asunto; es un tipo de grandes pensamientos y de nobilísimas aspiraciones. Si por un momento suprimiéramos en Don Quijote la «personalidad ridícula», de que arriba he hablado, si prescindiéramos de sus entreveradas locuras, consistentes en el incesante choque de la idea con la realidad, tendríamos una figura menos cómica, menos deleitosa, pero sublime, digna de la veneración universal, mayor, sin duda, que cuantos tipos *reales* han pasado por el mundo..

Y aún la misma locura de nuestro Hidalgo, si bien se la estudia, no es una locura propiamente dicha o vulgar; es una locura superior, que supera en sensatez a toda la humana sabiduría; una locura «en cuyo recóndito y majestuoso albergue anida la razón misma», según la afortunada expresión del vate inglés Wordsworth.

El Don Quijote *cuerdo* de Cervantes es superior al Sócrates de Platón. Ambos personajes son ideales, pues no se ha de creer que el *tipo socrático* delineado por Platón sea real y verdaderamente aquel Sócrates de carne y hueso, azote de los sofistas y víctima de la envidia. No; Platón quiso darnos en Sócrates un modelo de grandeza moral, y en él encarnó sus grandes *ideales* sobre la moralidad, sobre el mundo superior, sobre el ser de la sociedad, etc. Sólo que *Sócrates* existió y fué un gran per-

sonaje; mientras que Don Quijote salió por entero de la oficina del gran Artífice.

Pues bien; considerados ambos tipos como símbolos de grandeza moral, hallo que el Don Quijote cervantesco aventaja con mucho al Sócrates platónico.

Basta decir que el primero es cristiano y se inspira en un principio enteramente cristiano y persigue fervorosamente un ideal totalmente cristiano, mientras que el segundo es, por de pronto, pagano y politeista, y si bien noble y levantado su ideal, como no puede menos de serlo todo ideal de moralidad, queda, empero, muy por bajo del ideal moral y eminentemente religioso a la vez del Ingenioso Hidalgo.

En cuanto a los artífices de estos dos tipos, Cervantes iguala a Platón en la alteza y grandiosidad de elocución, le aventaja en la viveza y variedad del colorido escénico, y le queda no muy inferior en la fuerza del raciocinio y en la sublimidad de los rasgos geniales con que ambos se esforzaron en pintar a su respectivo Héroe.

He dicho que el idealismo del Ingenioso Hidalgo difiere toto caelo del idealismo germánico. En efecto; leemos a Kant, a Fitche a Hegel y sólo a fuerza de increíble paciencia, y haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazón, nos resignamos a seguirlos por los intrincados y caliginosos laberintos de sus ultraidealistas razonamientos. En cambio; quién se ha fatigado ni ofendido jamás leyendo los sublimes discursos de Don Quijote? Se dirá que el secreto de ese idealismo sabroso y encantador reside precisamente en la parte cómica, en el contraste, en la gracia del estilo... Pues bien; suprimamos de la escena a Sancho, encerrémonos con sólo Don Quijote en su estancia repleta de libros caballerescos, sin permitirle poner en ejecución ninguna de sus tres salidas, oyéndole a solas y en *celada* los razonamientos que haría a campo abierto, o en una venta.....

Qué habremos hecho? Habremos quitado mucha gracia a la Novela, nos habremos privado del contraste idealístico-positivista, de bellísimos panoramas, de pinturas

y descripciones magistrales, de sugestivos detalles; pero, así y todo, siempre nos parecería grandiosa, simpática y amable la figura del D. Quijote, siempre le consideraríamos como un gran hombre, siempre le oiríamos con gusto y admiración. El idealismo del Ingenio Hidalgo es un fenómeno singular digno de profundo estudio.

Positivismo (Sancho)

La segunda figura de la gran Novela es Sancho Panza, personificación del positivismo, no de un positivismo grosero y degradante, sino agradable, sano y ha ta poético. Y la razón es que el positivismo de Sancho no excluye todo ideal noble y generoso, como el otro de mala ley, antes está subordinado a un ideal moral y sobre todo cristiano. Hemos visto que Sancho era «un cristiano viejo con más de cuatro dedos de enjundia cristiana», y hubiera dado no una sino mil ínsulas y mil títulos antes de renunciar o violar en todo o en parte el *decálogo*. Mientras sus intereses y comodidades se compaginan con ley cristiana, Sancho no pierde ocasión alguna de darse gusto y pasarlo bien; pero cuando se atraviesa por medio la ley de Dios, no hay dineros, ni viandas, ni despojos capaces de torcer hacia el mal su voluntad, aferrada firmemente en lo bueno. Cierto que es a veces algún tanto socarrón y malicioso, a veces descontentadizo; pero su simplicidad y buenos deseos compensan sobradamente sus malicias inocentes. Sancho es tipo del positivismo moderado; por eso deseamos que hable, que obre, que se encare con su amo, que haga de las suyas, porque sabemos bien que nunca ha de decir o hacer cosa que ofenda a los castos ojos y a los oídos honestos. Si el positivismo de Sancho, aisladamente considerado, es placentero y sugestivo, sube de punto este placer y sugestión puesto en contraste con el idealismo de Don Quijote el cual contraste es sin duda uno de los secretos del encanto de la Novela, que más acredita el genio colosal de Cervantes.

Realismo o naturalismo

Tomo estos términos no en el sentido en que los tomaría un partidario del Renacimiento, sino en un sentido más sano, y entiendo por ellos, sujetivamente considerados, esa facultad o potencia prodigiosa de Cervantes para dar vida, luz y color a las producciones de su fantasía, y a las obras de la naturaleza. En esta cualidad pocos o ninguno le ha igualado. Lo que Cervantes quiere sensibilizar, lo vemos, lo palpamos en toda su integridad, más viva y perfectamente representado que si realmente lo viéramos con los ojos de la cara, o fuera objeto adecuado de cualquier sentido externo.

Después de leer el Quijote semeja la imaginación a una galería de tipos y paisajes vivos, hermosos y perfectísimamente caracterizados.

¿A quién, leyendo el Quijote, no le parece estar viendo clarísimamente al Ingenioso Hidalgo, alto, seco, avellanado, de luengos bigotes, de noble y gentil continente, de gallarda apostura, montado sobre su descarnado Rocinante (qui tantum pellis et ossa fuit), ya caminando resuelto y meditabundo por «el antiguo y conocido campo de Montiel;» ya acometiendo arrogante y magnánimo, lanza en ristre, toda suerte de peligrosas aventuras; ya respirando saña e imprecaciones contra los follones y malandrines, desfaciendo sus tuertos y desaguisados; ya consolando blanda y cariñosamente a los pobres desvalidos y menesterosas doncellas; ora rodando por el suelo, víctima de molinos y desalmados yangueses; ora amparándose con su rodela de la granizada que dispara sobre él la ingrata caterva de condenados libertados por el valor de su brazo; unas veces aconsejando, otras instruyendo con todo el aplomo de un doctor salmanticence.....?

¿Quién no ve a Sancho, largo de zancas, obeso de cuerpo y corto de talla, caminando a paso tendido detrás del Rocinante, arrebalgado en su fidelísimo rucio; sabro-

seándose a veces con mantecosos requesones y pastoriles viandas y apuntando al cielo reposadamente con el zaque henchido de lo muy católico que va trasegando, sin azorarse, a su estómago; a veces volando por los aires en el manteamiento; tendido aquí junto a su fiel jumento, molidos ambos a palos, sentado allí en medio de alegres doncellas, contándoles divertidas historiejas; arrellenado en su poltrona gubernamental, discurriendo cabizbajo, metido el dedo en la boca, sobre las famosas apelaciones que inauguran su alto oficio.....?

Quién no ve asomarse por lo alto del peñón a la bella y honesta pastora Marcela, dando a los amigos de Grisóstomo razón de su intachable proceder?

Quién no ve a la hermosa Zoraida, a la infeliz Dorotea, a la desenvuelta Maritornes, etc., más vivas que si realmente se tuvieran delante de los ojos?

Quién no se recrea contemplando las mil escenas venteriles, los caseros escrutinios, las pastoriles comidas, las alegres y abundosas bodas y, en una palabra, todos los cuadros palpitantes que desfilan ante la vista del lector?

En este sentido Cervantes es un realista o naturalista de primera fuerza.

Pero, como he notado, no es su realismo el del Renacimiento ni su naturalismo el de Zola, que se huelgan en pintarnos al vivo las desnudeces y fealdades de la naturaleza. No; Cervantes no tuvo necesidad de arrastrar la Novela por inmundos lodazales, ni de conculcar groseramente la moral, ni de herir los delicados sentimientos de la virtud y del honor, para ser «ejemplar y dechado eterno de naturalismo (y realismo) sano y potente». M. P. Desde este punto de vista, como desde tantos otros, el Quijote puede llamarse Novela ejemplar, al igual de las así denominadas por el mismo Cervantes.

*
* *

Méritos extrínsecos

1.º Charles testifica «que el genio precursor de Cervantes inauguró la literatura moderna»: he aquí el primer mérito extrínseco de la gran Obra de Cervantes. Destruyó una literatura vaga, incoherente, fantástica y disparatada, e inauguró otra concreta, humana, coherente y moral. Si llegó a comprender o no toda la trascendencia de su labor, es discutible; que la vislumbró, es cierto. Hemos visto que al final de la segunda parte da testimonio de que «ya iban tropezando los libros de caballerías con su Don Quijote, y habían de caer sin duda alguna». Acerca de la universalidad de su influencia, dice en una parte: «Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia y a mí se me trasluce que no ha de haber nación y lengua donde no se traduzca». Y en otra parte: «Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída de *todo género* de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante». Y en otro lugar: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia».

2.º El segundo mérito extrínseco del Quijote es habernos dado en una serie de cuadros los rasgos característicos de la sociedad reinante.

3.º Haber dado la última mano a la lengua castellana, mostrando su riquísimo léxico, su flexibilidad para acomodarse a todos los estilos y tonos, su sonoridad y colorido, etc., y el haber reproducido y conservado el lenguaje popular, que vive y vivirá eternamente en los infinitos refranes y salidas de Sancho.

4.º Haber ornado a España con una gloria tal cual

no la goza semejante ninguna otra nación. Si España careciera de las incontables glorias que tiene, bastaría el Quijote para hacer resonar su nombre en toda la extensión de la tierra. En vida de Cervantes se hicieron 6 ediciones del Quijote. Luego, de entonces acá se han hecho: en español, 500; en inglés, 201; en francés, 169; en italiano, 96; en portugués, 81; en alemán, 70; en sueco, 13; en polaco, 8; en danés, 6; en griego, 4; en latín, 2; en rumano, 2; en catalán, 2 y en vascuence, 2.

V

El Cervantes de la época

Para remate y complemento de este estudio cúmpleme trazar brevísimamente su biografía que nos dará una idea del Cervantes histórico, es decir, de aquel Cervantes que floreció desde 1547 hasta 1616, tal como aparecía a los ojos de la generalidad de sus contemporáneos, para luego trazar también someramente su figura tal como nos la representa la fama.

Nacido Cervantes el 9 de Octubre de 1547, ignóranse los primeros años de su vida, hasta que, joven aun, aparece entregado al cultivo de la dulce poesía bajo la dirección del presbítero Juan López Sus primeras composiciones poéticas tuvieron más bien un fin *mercante* que artístico, como quiera que pensaba socorrer con el fruto que pudieran reportarle, sus primeras necesidades.

En 1569 le encontramos en Roma, sirviendo de paje al Legado Acquaviva.

En 1570 sentó plaza de soldado en Italia, no se sabe si bajo las banderas pontificias o en alguno de los tercios españoles.

En el 71 peleó en Lepanto con el heroismo que hemos visto.

En años posteriores tomó parte en varias campañas terrestres y navales.

En el 75 cayó prisionero de los corsarios turcos que le condujeron a Argel, donde estuvo, encerrado en el baño, por espacio de 5 años, en que sufrió indecibles trabajos e hizo obras admirables. Talvez en aquellas cárceles «donde toda incomodidad tiene su asiento», se engendró la obra del Quijote.

El 81 fué rescatado por los Padres Trinitarios.

El 84 casó con Catalina de Palacios Salazar. Seguía dedicándose a sus tareas literarias en medio de las agitaciones de los cargos fiscales que desempeñaba, y sus obras de dramaturgo le dieron fama de buen artífice, si bien los rigores del Fisco hubieron de ponerle varias veces a la sombra, no de las paredes de su casa, sino de las casas de reclusión de Sevilla y Valladolid.

De cuantos cargos le imputaron salió siempre inocente. A los ojos de los que le conocían pasaba por hombre honrado, amigo de las letras y de las armas.

Hubo, sin embargo, quien apreciara, aunque no debidamente, sus extraordinarias dotes, entre otros, sus dos principales protectores el Conde de Lemos y Don Bernardo de Sandoval y algunos amigos suyos de Sevilla que lo colocaron entre los hombres célebres de su tiempo. (Jáuregui y Pacheco).

En 1605 dió a luz la primera parte del Quijote, que fué acogida por el pueblo con febril entusiasmo, más no como obra de arte maravilloso, sino como mina de pasatiempos, como «breviario de eterna risa y sensatez».

En 1609 ingresó en la Congregación de los «indignos esclavos del Santísimo Sacramento» y en 1610 profesó como hermano de la Venerable Orden Tercera de San Francisco

En 1615 publicó la segunda parte del Quijote, y, finalmente, a 23 de Abril de 1616 expiró con la muerte cristiana y pobrísima ya descrita. Fué enterrado en el convento de las Agustinas de Madrid sin aparato alguno de solemnidad y sus preciosos restos se extraviaron con mo-

tivo de la traslación de las monjas a otra casa, siendo luego imposible identificarlos; de suerte que hoy es el día en que nadie puede señalar el cerebro donde se fraguó la Obra más estupenda.

Si quisiéramos un retrato de sus facciones, ya entrado en años, tendríamos que acudir a la pintura del «famoso Jáuregui», poniendo debajo de ella: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata... los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos... el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de hombros y no muy ligero de pies... es el rostro del autor de la Galatea y de Don Quijote de la Mancha». (Prólogo a las Novelas Ejemplares).

Tal es el Cervantes de la época, «verdadero peregrino cuyo lenguaje el mundo no comprendió, ni supo apreciar toda la alteza y vigor de su genio».

VI

El Cervantes de la fama

Este inexplicable abandono del Genio, mientras moró en este mundo, fué compensado con inmensas ventajas después de su desaparición, especialmente en nuestros tiempos en que el nombre de Cervantes evoca una idea semejante a la que evocan los nombres de Platón, de Agustino, de Copérnico, de Newton, de Schakespeare, de Schiller. La posteridad, sin distinción de pueblos ni de clases, le rinde culto universal y unánime, y aun los enemigos de España, al recordar a Cervantes, entonan un himno a su memoria y al suelo feliz que le dió cuna y recogió sus primeros vagidos y le amamantó con la leche sana y robusta del carácter nacional y de sus santas y

seculares tradiciones. Si en vida descolló poco entre los grandes de su época, después de muerto se alzó sobre las primeras figuras del gran siglo español. Si en sus días resonaron cuatro o cinco voces aclamándole gran ingenio, hoy resuenan millares y millares de voces que le proclaman, no sólo gran ingenio, sino genio sorprendente y divino, figura de primer orden, honra y prez de la especie humana.

Sobre el glorioso pedestal de su Obra se yergue ese grandioso monumento de biografías, comentarios, críticas, himnos, discursos encomiásticos y elogios en todas las lenguas y en todos los tonos que por día van hermoseando y agrandando más y más sus gigantescas proporciones. A cuya obra no sólo contribuyen «los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, y los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil y los que pisan los tartesios campos... los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas... los que en el Pisuerga se bañan... los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana y los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo»... sino cuantas gentes habitan la Europa y el mundo entero; todas, cuál más cuál menos, como si obedecieran a universal consigna, han puesto la mano en ese monumento cervantesco erigido en el corazón de la humanidad. Y por qué esta universal conformidad? Porque Cervantes es el genio más humano, más popular y simpático; porque no es el genio de un solo ramo científico, incomprensible a los cultivadores de todas las otras ciencias y mucho más al vulgo; ni sólo el genio de la ciencia en general, sino el genio de la humanidad, el genio único capaz de recoger, concretar, encarnar y poetizar las diversas aspiraciones que son el ideal del hombre. Con el nombre de Cervantes en los labios puede el español recorrer las cinco partes del mundo seguro de que, al pronunciarle, encontrará eco favorable en todo los corazones y una simpática son-

risa en todos los labios; porque Cervantes en la conciencia de la humanidad es un *ídolo*, a quien todo hombre sacrifica sus afectos de admiración y simpatía; es el *símbolo* de la *risa* docta y sensata; es el *genio* tutelar que ahuyenta las penas y sinsabores de todo pecho «melancólico y mohino»; es, desde hace tres siglos, el amigo y las delicias del género humano. Los dos tipos de su portentosa Novela son las dos mitades de la humanidad; por eso toda ella le aclama; por eso Cervantes es popular en todo los pueblos y ciudadano de todos ellos; por eso el Quijote es el libro manual de cuantos saben leer, el espejo en que todos se miran, el retrato en que todo hijo de Adán se identifica.

Gloríese, pues, España cuya páginas historiales ilustran glorias como la de Cervantes; gloríese, repito, España, cuna del Genio hacia el cual este año especialmente, vuelve sus ojos la humanidad, para celebrarle y encontrar en él una ráfaga de dicha en medio del tenebroso torbellino que la ciega y aflige; y gloríese también el noble pueblo chileno: que, si chilenos y españoles somos hermanos como hijos de la misma madre y de la misma historia, bien pueden contar por suya propia la gloria del Genio Inmortal.

INDICE

Pag.

A modo de introducción 3

PRIMERA PARTE

La Epoca de Cervantes en España 5
I. Religión 9
II. Política 23
III. Ciencias 36
IV. Artes 43

SEGUNDA PARTE

Cervantes 57
I. Cervantes religioso-moral 64
II. » político-civil 81
III. » científico 87
IV. » artista 102
V. El Cervantes de la época 116
VI. El Cervantes de la fama 118

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6351
E8

Eugenio de San José
Cervantes y la España du su época